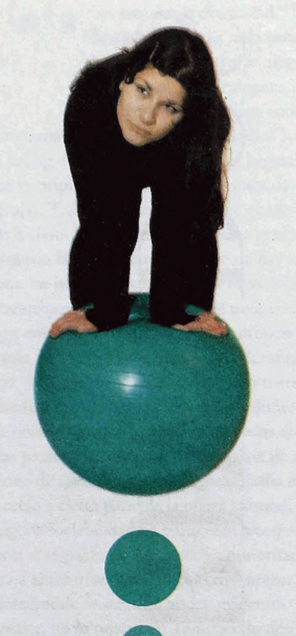
LAS/12

MUJERES EN PAGINA/12
VIERNES 3 DE AGOSTO DE 2001
AÑO 3º Nº 173

100 años de feminismo
La Doctora Argibay en el Tribunal de La Haya
Un texto de Mary McCarthy





LAS CHICAS DE AHORA MISMO





MUNDOS PRIVADOS

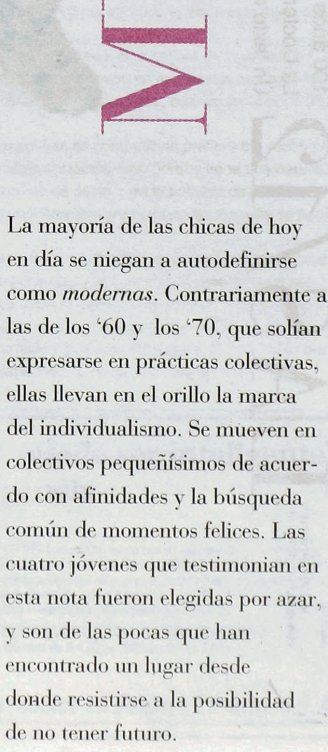


SILVIA CANOSA

Nada standard

"A mí me emociona un montón, porque además se generó una situación de padrinazgo y él me cuida un montón. Tenemos como una relación muy familiar, aunque nos tratamos de usted". Silvia Canosa acaba de bajar de unas plataformas altas, altísimas. Está en el estudio de diseño gráfico en el que trabaja como asistente, habla de su jefe, un diseñador que decidió contratarla antes de que terminara la carrera, y que, con eso, le abrió más puertas de las que ella sospechaba que existían. Empezar a trabajar, cuenta, "me abrió un montón la cabeza, me ayudó a crecer y aprender a relacionarme, y aprender a desenvolverme en lo que había estado aprendiendo en la facultad, a poder tomar decisiones y a poder afrontar las decisiones que tomás". Ese aprendizaje, entonces, comenzó hace tres años. Ahora tiene 26, sumó a su carrera de diseñadora la vocación por la música (canta y es "multiinstrumentista precaria") y, "aunque no sepa nada, trato de informarme, o de defender lo que me parece que tiene que ser". "Todo eso me abrió la cabeza, por ejemplo, para darme cuenta de que en la facultad no pasa nada, y que no tiene ningún sentido que yo, a esta altura, vaya a terminar la carrera. Porque en la facultad, en general, hay una actitud muy pasiva de recibir información y no hacer una más que recibir esa información y aplicar lo que te dicen. Te das cuenta de que para aprender cosas no necesariamente tenés que ir a la facultad, que no siempre te enseñan todo. Entonces, incorporé una forma de aprender que tiene más que ver con buscar la información, recurrir a libros. Es algo como mucho más dinámico, y que tiene más relación con lo que vos sentís en ese momento". En su familia, la decisión de no terminar los estudios académicos no trajo mayores problemas, eventualmente su madre llegó a plantearle alguna reflexión al respecto, pero sin presiones. "Calculo que debe ser porque se da cuenta de que hay una evolución, que se está dando una evolución y no necesariamente tenés que asistir a clases".

Entonces, Silvia es una de esas personas que trabaja de lo que le gusta, que hace algo que supo que deseaba desde antes de terminar el secundario. Y gracias a eso, precisamente, de tanto en tanto tiene que escuchar comentarios levemente molestos. "Hay como una conciencia de que hay que quejarse, pasarla mal, de que si no es así no estás trabajando. A mí me dicen 'ah, trabajás de lo que te gusta', es como que está mal visto. Pero no deja de ser un laburo, y aunque la desconexión nunca sea real, no tenés por qué hacer jornadas de 24 horas sólo porque el laburo está bueno y te gusta".
"No tengo idea de cómo va a ser el futuro", con sus compañeros de la banda habían llegado a imaginarse cantando boleros o tangos, pero nada más. "Me gusta pensar que la vida va a ser mucho más nómade, antes que pensar que todo el tiempo va a ser estancado. No me interesa quedarme estancada, pero tampoco los modelos convencionales de organización familiar. Cuando era chica y estaba en el secundario y todas decían que se iban a casar, iban a tener dos hijos y eso iba a ser su vida, como que yo decía '¿te parece? no sé, fijáte, hacé alguna otra cosa y después hacé eso'. Yo siempre creía que no iba a hacer eso, de hecho no lo voy a hacer, y por eso pienso que en algún momento me voy a ir". Alguna vez, cuando imaginó que tal vez sí se casaría, se vio en un vestido negro. No es una obsesión por se diferente. "Tiene que ver con ganas de hacer todo el tiempo cosas, eso marca la diferencia, porque la gente por lo general no tiene ganas de hacer nada. Hoy venía pensando en el subte, yo venía vestida de una manera y vos viste que notás cuando la gente se ríe o hace comentarios. Y yo pensaba '¿qué es lo que te hace pensar que tu pantalón no es ridículo? ¿Que lo tienen 80 personas más que vos?'. Nada más, porque es lo único que puede hacerte pensar eso, porque es grandote y tiene unos bolsillos horribles. No son ridículos porque hay 99 personas que avalan lo que vos creés. Entonces, tiene que ver con el standard".



La mayoría de las chicas de hoy en día se niegan a autodefinirse como *modernas*. Contrariamente a las de los '60 y los '70, que solían expresarse en prácticas colectivas, ellas llevan en el orillo la marca del individualismo. Se mueven en colectivos pequeñísimos de acuerdo con afinidades y la búsqueda común de momentos felices. Las cuatro jóvenes que testimonian en esta nota fueron elegidas por azar, y son de las pocas que han encontrado un lugar desde donde resistirse a la posibilidad de no tener futuro.

POR SOLEDAD VALLEJOS

"Quizás, la modernidad pasa por eso, por la diversidad." Es de noche, Luciana salió hace un rato de trabajar y se niega, terminante, enfáticamente, a dos cosas: a) a aceptarse como moderna ("¡soy clásica, clásica, clásica!"); b) a hablar de ella, de sus amigos, de la gente de veintipico en general, en términos de grupo. Tribus, digamos, para que quede más claro. Posteriormente, el gesto se repetirá con las demás entrevistadas: no hay tribus, no hay grupos identitarios herméticamente cerrados por la fuerza de unos códigos estéticos o rituales. No hay, entonces, nada parecido a los grupitos que, durante los '90, algunas de ellas, en mayor o menor medida, habían sabido integrar. Si durante la década pasada, los años en que estas chicas pasaron su adolescencia, ser parte de alguna de esas tribus urbanas garantizaba el acceso a cierta parte de la oferta cultural, a alguna sociabilidad en particular, a contar con el respaldo de un colectivo minoritario para afirmar(se) ante un colectivo mayor, llamémosle *la sociedad*, ahora, evidentemente, no lo necesitan. Tampoco lo desean. No es que ya se sientan parte indisoluble de esa sociedad, que estén tan cómodas que ni se les cruza la idea de buscar refugio entre pares; en absoluto, todas ellas, de hecho, no hacen otra cosa: reuniones con amigos, amigos con los que trabajan, amigos conocidos por intereses laborales (por lo general, relacionados con la creación de algún tipo) comunes, encuentros sociales, pero en el ámbito de lo privado, puertas adentro. Las conversaciones, todas realizadas por separado, giraron en torno de una estrategia que todas, sin conocerse, realizan: la de replegarse. Si en la generación que maduró en los '60, los '70, había una tendencia a extender los límites de las preocupaciones personales a lo social, a lo comunitario entendido en su sentido más amplio, las horas que estas chicas dedicaron a contar su cotidianidad llevaban en el orillo la marca de la individualidad defendida con uñas y dientes. Ante una sociedad hostil, que sólo puede ofrecer instituciones en agonía y el desprecio ante las ganas de renovar algo, se oponen colectivos pequeñísimos, en los que las redes crecen a través de lazos de amistad (amigos que presentan amigos, en casas de amigos, nunca en lugares públicos). Pero esos colectivos, antes que como tribus, deberían ser entendidos como clanes, en los que los lazos tienen la firmeza de las afinidades electivas, en los que se busca generar buenos momentos, aunque más no sea mínimos destellos de esa felicidad que cualquier vistazo a la realidad parece negar. Y dentro de estos clanes, desde ya, no hay uniformidad alguna. No sólo no existe sino que tampoco se busca ni se promueve. Digamos que si algo puede caracterizar a esta suerte de familias por elección, es, precisamente, la diversidad. Comunión por las diferencias, entonces.

Generalizar por sólo cuatro casos, lo dice el primer capítulo de cualquier manual de metodología, es una aberración, de acuerdo. Las cuatro chicas que participaron fueron elegidas de una manera, más que azarosa, caprichosa. Pero esto no tiene espíritu de estudio sociológico, nipretensiones de panfleto generacional. Puede leerse, más bien, como cuatro instantáneas, cuatro pequeñas ventanas en las vidas de cuatro chicas que viven en, con, mediante, la diversidad. Chicas, no odien esto: con ustedes, cuatro chicas modernas.



LUCIANA ESNAOLA

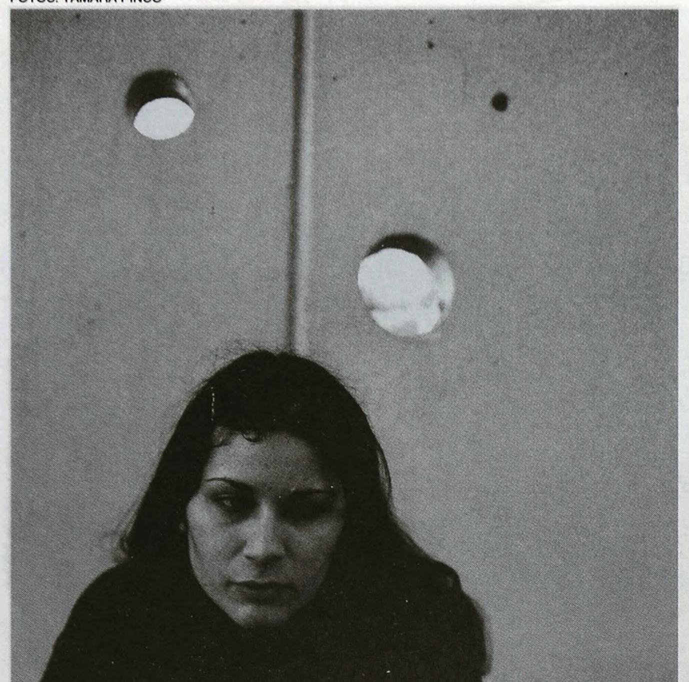
Transhumanista

"El margen de elección es mínimo, y dentro de ese margen hay que estar bastante bien y tratar de pasarla lo mejor posible. ¡Living la vida loca!", grita, y se ríe. Luciana tiene 24 años, la "estatura de un ewok" (los animalitos peludos de Star Wars) y un trabajo que, de tan relacionado con los nuevos medios, apenas se conoce que existe: producción de contenidos, en *URL*, una revista de cultura y tecnología. "Produzco las notas, busco temas. Veo todos los newsletters, veo qué noticia puede ser redituable para la revista, chequeo mails, navego todo el tiempo por Internet". Internet, explica, le parece "muy revolucionario", aunque como medio, "nunca como fin". Además, "es como simpático que la gente ahora ya no sea un teléfono, sino un mail, y está bueno que cada vez más gente se conecte". Desde que empezó a trabajar como productora de contenidos, Luciana empezó a pasar gran parte de sus días frente a la computadora, on line todo el tiempo. Tres años atrás, hay que decirlo, apenas había aprendido a sacar una cuenta de correo electrónico gratuito; ahora, en cambio, está totalmente inmersa en la relación entre sociedades y tecnología, habla de transhumanismo "o poshumanismo, que se refiere a cuando se desligan un montón de cualidades del humano en la máquina", de autores que reflexionan sobre los cambios del desarrollo digital. Para la UBA, cursa Ciencias de la Comunicación, pero, por un lado, ahora, entre trabajo y mudanza, no tiene tiempo para cumplir con cursadas; por otra parte, hacer algo relacionado con lo que estudiaba le da otra perspectiva. "Empecé a descubrir muchas cosas que la facultad no me daba. Es como que laburás en prensa y te das cuenta de que los talleres de redacción son un fiasco. Pero igual me angustia no ir a la facultad, me copa la carrera." No estar de cuerpo presente en un ámbito universitario no significa, en modo alguno, no participar de procesos de aprendizaje. Ella, de hecho, está estudiando japonés "porque quiero irme a Tokio a estudiar algo. Tienen como un costado re-tecnológico, otro bastante zen, otro muy tradicional. Es muy top".

Ahora, al momento de la entrevista, Luciana no piensa en irse del país, la revista anda bien, "pero uno nunca sabe qué puede llegar a pasar. Mañana te puedo decir que sí me voy". Algunos amigos, cuenta, están sin trabajo desde hace un tiempo, otros fueron despedidos recientemente. "Ver todo eso te super-desmoraliza. yo ahora tengo seis conocidos que, en el término de dos semanas, me dijeron me voy a Barcelona, a Madrid, a tal lado. Antes los exilios eran políticos, ahora son económicos. Y con un amigo hablábamos que quizás en el futuro, el 2000 o el 2001 se vean como años en que hubo un exilio económico, como una generación que se perdió. Y el miedo de perder una generación me angustia muchísimo, porque es gente de entre 20 y 30 años que se va a la mierda, se van a quedar ahí y no vuelven más. Es horrible. ¿Cómo hacés para estar cool con eso? Es muy difícil".

La política despierta interés, sí, pero más como un show. Al fin de cuentas, alguien que disfruta estudiando comunicación, dice, encuentra allí un campo ideal para "ver las estrategias, cómo son los discursos políticos. Es muy rico verlos como un fenómeno de comunicación". De utopías ni hablar, además, "de acá a unos años va a estar todo para atrás". Pero, entonces, ¿de futuros propios? "No puedo, no pienso más allá de unos meses. No me lo puedo imaginar ni loca, me parece terrible. Sería como planear algo demasiado grosso. No sé dónde voy a estar, ni quiero. No es que tengo un proyecto y digo 'dentro de 20 años voy a tener una ferretería re grossa en San Cristóbal'. El único proyecto que tengo es irme a Tokio un tiempo".

FOTOS: TAMARA PINCO



LORENA FERNÁNDEZ

Estar entera

La palabra del día, de la semana, es "responsabilidad". Todo comenzó cuando una compañera de estudios llevó un juego de cartas "con unos dibujos hermosísimos, de hadas, y vos tomabas una carta con una palabra". A Lorena le tocó "responsabilidad", "y la chica me dijo 'vos tenés que pensar a lo largo del día en esta palabra'... ¡y es que no sé cuál es mi responsabilidad en este momento!". Veamos: apenas terminado el secundario, dejó el Chaco para instalarse en Buenos Aires y estudiar psicología. Pero la ciudad la shockeó demasiado para poder hacer algo, y además descubrió que la carrera no le gustaba. Volvió a su tierra natal, para reponerse; vuelta a Buenos Aires, comenzó Ciencias de la Comunicación, le gustó, se quedó, pero también descubrió que el cine la fascinaba. Fueron tres años de una carrera orientada a la realización; a fines del año pasado, al terminarla, comenzó a trabajar en la industria. Pero para entonces ya había dado con lo que, dentro del mundo del cine, realmente quería hacer: dirección de fotografía. Ahí está, entonces, estudiando dirección de fotografía en la escuela del INCAA y Comunicación en la UBA. "Pero no sé si en este momento mi responsabilidad es hacerme cargo de la escuela, si tengo que dejar todo e irme a laburar, o si la responsabilidad es con mi arte, y tengo que quedarme en mi casa viendo películas hasta descubrir que a luz viene de allá... no sé".

Lo cierto es que, crisis responsable mediante, a los 26 años, Lorena dedica día y noche a la fotografía. Cuando no está cursando, participa de rodajes, o sale con su cámara, porque sí, a disparar tomas por ahí. Y de esas aventuras, cuenta, vuelve siempre "feliz". Por cómo habla, por lo que dice, nadie podría asegurar que esta chica realmente no sabe lo que quiere. "Quiero hacerme cargo de lo que hago, porque dejás muchas cosas para esto. No quiero nunca, después, arrepentirme, y decir 'uy, yo en realidad quería casarme y tener un par de hijos', quiero ser consciente de todo lo que estoy haciendo". Y como para demostrar que no es consciente, cuenta que le importa cumplir sus expectativas: "alguna vez haber trabajado en una película increíble".

¿EL futuro? "Si me veo, me veo como ahora. Quiero seguir haciendo cine, es lo único que me interesa. Quiero tener un hijo, y no me importa el padre. Porque yo quiero tener un hijo, es una experiencia que no quiero perderme, debe ser el lazo más profundo que podés llegar a tener con una persona. Y no quiero que eso dependa de si estoy casada o enamorada de alguien o no, porque no sé si voy a volver a estar enamorada de una persona. Si yo tuviera plata ahora, tendría un hijo ahora, porque es una cuestión de plata. Es horrible decirlo pero es así, porque lo único que me frena es que yo sé que de esa personita me tengo que hacer cargo el resto de mi vida, y que tiene que comer, y que tengo que tener tiempo para él. Eso depende de la guita. Tengo laburo pero mis viejos me siguen ayudando. Entonces, ¿qué grado de independencia tengo? Poco". Anuncios económicos, déficit cero, desempleo, gente que deja el país. "Mis amigos se fueron todos. Yo siento que todavía no me voy, que todavía Buenos Aires tiene muchas cosas, que no probé todo lo que tengo que probar acá". Sin embargo, como en el caso de esos amigos que ya no están en Argentina, existe, sí, una hipótesis (indeseable) en la que la emigración sería posible: la de tener que trabajar en algo que no sea el cine.

La taza de café está casi vacía. Composición, tema: la política, las instituciones. "Desde ese lugar no se va a cambiar nada jamás, porque el poder es intrínsecamente corrupto". Una palabra que los veintipico sólo oyeron de boca de sus padres: utopía. "No tengo utopías sociales, y soy muy individualista. Creo que, si hay alguna manera de cambiar las cosas, tiene que ver con uno, con que uno perciba las cosas de manera diferente. El problema social me sobrepasa ampliamente, ni siquiera lo puedo dimensionar. Entonces, mi utopía es ser el día de mañana una persona lomás centrada posible, estar entera. Donde esté, estar entera, con mi cabeza ahí, mi cuerpo ahí, mi actividad ahí".

MARÍA ONIS

Sin peluca

María ofrece un té ("de frutas rojas, ¿con miel y tostadas?"). Acaba de llegar de un rodaje y necesita, imperiosamente, recobrarse del esfuerzo de unas horas vigilando que el sonido de cada toma fuera perfecto. Cuando el mediometraje de una de sus "dos socias de vida" esté terminado, será el momento de prestar atención a la edición, pero para eso falta. Por ahora, en realidad, sólo quiere mostrar algo de lo que hace, "¿querés ver?". Revuelve una videoteca, encuentra un video (grabado por la otra de sus dos socias, la que ahora está en Rusia), le da play, "eso fue el año pasado, en Proa", cuenta, y en la producción estética queda más o menos claro que se toman en serio eso de integrar una banda llamada "Almohada". Entre luces tenues y una decoración vaporosa, se oyen teclados, una guitarra, unos coros suaves; al micrófono, María, con un atuendo que por algún motivo la hace parecer una Florence Nightingale de 23 años, canta letras que ella misma compuso, igual que la música. "Ahora estamos grabando un disco", dice, y acciona el equipo de sonido. Y después las fotos (una de las cuales figura en las postales de promoción del próximo Festival Buen Día), un libro en el que fueron editados cuentos con los que a los 15 ganó un concurso, un corto llamado *Galaxies*. María es lo que se dice una chica polirrubro, mejor dicho, una chica multimedia: cine (estudió en la Universidad del Cine) como realizadora y sonidista, fotografía, música, canto. Una de sus máximas aspiraciones al respecto, dice, es lograr unir todo eso, tener la capacidad de ponerlo todo en juego, en cada producción/idea/creación, de combinarlo para generar algo nuevo. "Mi idea es un poco egoísta: hago estas cosas porque me gustan, no porque quiera aportar algo, comunicar algo al mundo. Lo hago porque la paso bien haciéndolas. Claro que quiero que gusten, porque si a la gente no le gusta nada, bueno...". Claro que, a excepción de la fotografía, los demás campos requieren, necesariamente, de realizar tareas en equipo. La solución: amigos. "Lo prefiero así. Prefiero trabajar... relacionarme, en realidad, con gente, y esto va a sonar estúpido, con gente buena. Necesito confiar en la gente, pasarla bien, *tratar* de pasarla bien. Además, es más fácil si te comprenden".

Alcanza un frasco, uno de su colección de animalitos en formol. Le encantaría, dice, tener más ambición. Le cuesta, en realidad, entrar en los códigos de una sociedad que no termina de comprender ni le gusta. "Soy muy adulta, pero poco salvaje como para salir al asfalto a guerrear. Igual, si salgo, por ahí me banco la situación". Trabaja en una empresa de Internet, componiendo música para animaciones, sí, pero sólo porque necesita "una plata por mes". "Ir a trabajar todos los días nueve horas, levantarme siempre a un horario, tener una rutina, es terrible. Cada día es cada día". No se pretende artista, pero de momento, a falta de una palabra más adecuada, digamos que como artista no cree encontrarse en el país más receptivo, "hay muy poco respeto para eso, no se rescata, no se valora nada".

"Las instituciones funcionan mal, no creo en esas instituciones. Sí creo en las personas, en las personas que van iluminando a su alrededor", explica antes de asegurar que, sin embargo, hojea los diarios para mantenerse más o menos al tanto de algo, aunque la política y sus avatares sean "cosas tan lejanas a mí". Están, entonces, los amigos y esas personas que le gusta conocer (en general, amigos de amigos), está el mundo privado. "Yo creo que es tan salvaje todo afuera que decimos bueno, mejor quedémonos todos acá". ¿Y el futuro? ¿Se imagina a ella misma dentro de 20, 30 años? "Me imagino en un lugar, el campo, y con algún amor, haciendo lo que hago ahora. Pero me cuesta pensar en eso, me cuesta pensar en la plata. Me imagino, por un lado, que va a estar todo bien, y por otro lado, me imagino sin plata ni para la peluca".

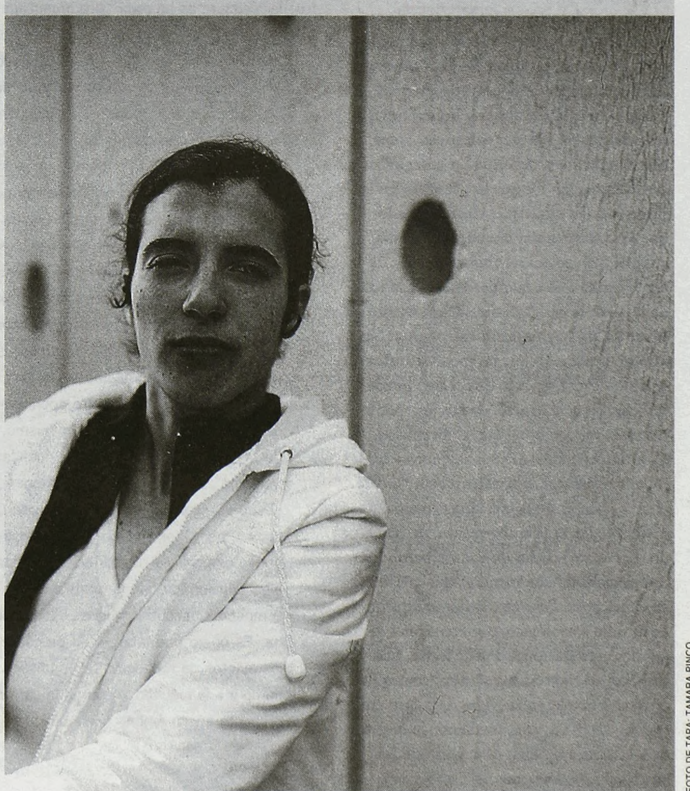
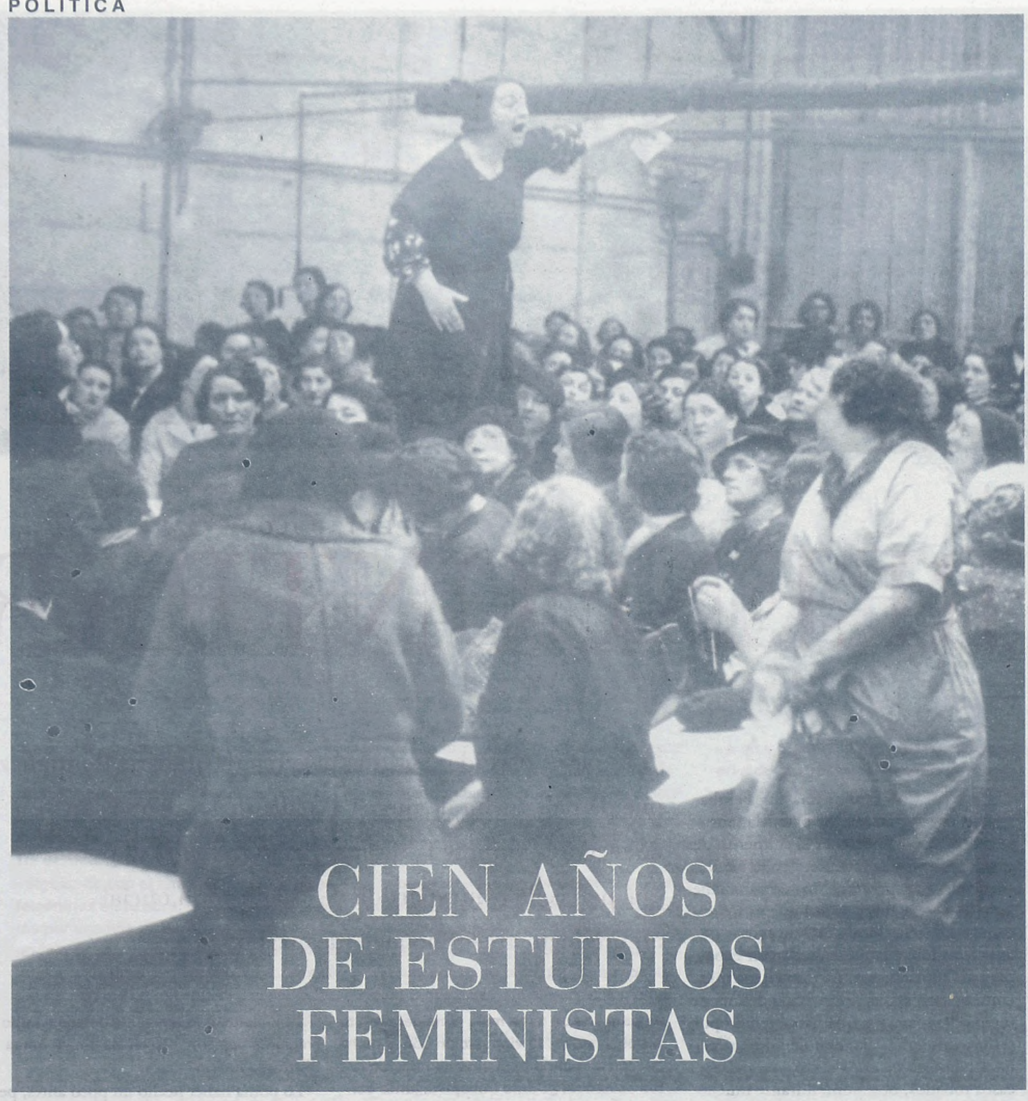


FOTO DE TAPA: TAMARA PINCO



CIEN AÑOS DE ESTUDIOS FEMINISTAS

POR DORA BARRANCOS *

En julio de 1901, Elvira López se graduó en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires con la tesis doctoral "El movimiento feminista". Hasta donde sabemos, el feminismo ingresaba de esta manera por primera vez como cuestión académica en nuestro país. La tesis reflejaba los alcances del debate que el término suscitaba en la sociedad argentina, por cierto una de las primeras en donde encontró hospedaje el flamante concepto de *feminismo* acuñado en la década de 1880 por las militantes francesas. Su autora ponía de manifiesto las transformaciones provocadas por las demandas de las mujeres en muy diversas sociedades, analizaba la evolución de su condición a lo largo de los tiempos, se demoraba en un balance sobre los nuevos papeles que las mujeres tenían en la educación, la ciencia, la salud, el trabajo, la política, y se identificaba con la nueva vertiente de sentimientos e ideas.

No hay dudas de que la tesis de Elvira López constituye un momento fundacional en la reflexión académica y expresa bien el reverbero de modernidad en nuestro medio, las urgencias renovadoras y, especialmente, la nueva subjetividad femenina dispuesta a ultimar la minusvalía y la subalternancia. Es significativo que tanto Elvira como sus hermanas Virginia y Ernestina –seguramente la más conocida de las tres hijas del pintor Cándido López– se enrolaron en el feminismo precursor y actuaron en diversos campos con el propósito de mejorar la vida de las mujeres y emanciparlas. Ellas, como muchas otras contemporáneas, encontraron en el feminismo un fermento para la reforma personal y social, una razón iluminadora para desafiar las convenciones. Piénsese, por otra parte, que hacían parte del escaso grupo al que le habían sido franqueadas las puertas de la Universidad.

Ese feminismo inaugural ha dejado, sin duda, huellas notables. Empapado del maternalismo del período, todavía se proyecta su capacidad para demandar la reforma del Código Civil que colocaba a las mujeres en condición de incapaces, y reclamar la sanción del divorcio, el conocimiento de la paternidad, la igualdad de los hijos legítimos y naturales. Fueron notables sus batallas, a menudo solitarias, a favor del derecho de ciudadanía tanto como sus reivindicaciones y propuestas destinadas a la protección de las mujeres trabajadoras y de la niñez pobre y desvalida.

La tesis de Elvira López debe ser examinada a la luz del contexto temporal y por lo tanto hay que abstenerse de juicios anacrónicos. Sus concepciones han perdido oportunidad tanto en materia de problemas como de eficacia argumentativa para el feminismo de nuestro tiempo, aunque algunas cuestiones quedan aún pendientes. Lo que todavía preserva y empina este texto es lo que tiene de gestualidad, de amenaza de alteración de los términos, aquello que revela el sacudón del propio concepto en un ambiente que rechazaba a las mujeres, que considéraba como de segundo orden su inteligencia y que apenas soportaba hacerles un lugar en las casas de estudio. "El feminismo –decía al inicio del trabajo– ha sido combatido y mirado por muchos como una utopía ridícula, que se propusiera nada menos que invertir las leyes naturales o realizar la monstruosa creación de un tercer sexo." Y algo más adelante agregaba: "Algunos creen que este movimiento envuelve un ataque al orden social y a la religión; sin embargo, a pesar de los progresos realizados en estos últimos años, no se ve que la sociedad y la familia hayan padecido en lo más mínimo, nitampoco la religión a menos que ella sea sinónimo de ignorancia". Suena a sorna. Una lectura atenta del texto de Elvira te deparará con la asociación entre feminismo, socialismo y positivismo, este último un término infaltable en el período. "El feminismo, como el socialismo, no ha unificado aún sus aspiraciones ni uniformado sus tendencias hacia un fin determinado", se lamentaba. No tengo dudas de que el feminismo de Elvira López se afirmaba en una necesaria igualación social y que su reformismo traducía algo más que el límite estrecho que eligieron algunas de sus contemporáneas.

Como para la enorme mayoría de las feministas del siglo XIX y de principios del XX, ella creía que el destino maternal de las mujeres constituía un mandato inexorable. No puede sorprender que apostara a sus "naturales funciones", a las obligaciones hogareñas, a la familia, y que su tesis terminara promoviendo como un ejemplo la "figura de las grandes matronas que veneran nuestros hogares". Más allá de la caducidad de esos motivos, rescatamos la irrupción inaugural del análisis de Elvira en un ambiente que no por más educado se privaba de una cruda misoginia y que solía no disimular el disgusto (y el temor) por el fantasma del feminismo, bajo formas socarronas. No es poco celebrar que ya hace cien años los estudios feministas ingresaran por esta rendija al ámbito académico en nuestro país, aunque es todavía enorme la agenda para obtener reconocimiento y legitimidad en nuestros claustros, entre nuestros colegas varones y también entre nosotras.

** Socióloga e historiadora. Directora del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA.*

RAMOS GENERALES

Amigas

Shere Hite a veces vuelve a ser la que era en los '60 cuando sus encuestas se mostraban más desmitificadoras que adaptativas. En la última entrega de *El País* semanal dedicó su columna a la relación que las adolescentes suelen establecer con sus amigas íntimas. Allí describe esa sensualidad difusa que se desliza en innumerables pruebas de ropa y maquillaje, relatos de detalles sexuales de su acompañantes masculinos, lechos y nudismo compartido. Para Hite, esas relaciones son fundamentales en la pubertad, cuando el arsenal del patriarcado se dedica a vigilar cualquier desvío o emite con especial persistencia sus panfletos para orientar el deseo hacia el sexo contrario. Sus estadísticas siguen siendo impactantes: por ejemplo –aunque no da cifras– afirma que es muy infrecuente que las amigas íntimas terminen siendo amantes, aunque su vínculo tenga la apariencia de ser mucho más importante que el que suelen establecer con novios o filitos. "Suelen ser relaciones platónicas muy afectuosas, y están llenas de significado para las chicas", dice. Las lecturas que las críticas feministas han realizado de la literatura escrita por mujeres en el siglo XIX mostró que cuando la amiga íntima no era reemplazada por el marido, se convertía en una fuente de seguridad que permitían el desarrollo personal. Manuelita Rosas decía de su amiga Dolores que era como una esposa. El doctor Víctor Mercante llegó a ver en los internados educativos para señoritas un remedo de Lesbos. Pero, en rigor, era difícil diferenciar, entre las cartas capturadas por los directivos de los colegios, aquello que correspondía al testimonio de relaciones eróticas reales de lo que se debía a la retórica romántica en boga. Simone de Beauvoir ha testimoniado en sus *Memorias de una joven formal* la importancia que tuvo en su vida su amiga Zaza, que parecía tener más irreverencia y talento que ella, pero que murió tempranamente.

La revolución sexual fue en realidad heterosexual y genital. Aunque fue contemporánea del feminismo, el boom de la pareja oscureció ese sentimiento llamado amistad que sólo se hizo más visible en su politización, a través de la palabra "compañerismo" o "camaradería".

La ideología neoliberal continúa promocionando la separación de las mujeres al entronizar a la pareja hetero como una mini-empresa afectiva. Pero, como en el siglo XIX, es probable que la amistad femenina permanezca viva, sólo que en secreto y sin ponerle ningún nombre a su dimensión erótica. Hite vuelve a su condición de terrorista simpática cuando afirma en su columna que, al revés que las chicas, los muchachos suelen acostarse con su amigo de adolescencia.



LIBRERIA

Bajo para niños



La cordobesa Cristina Bajo, además de volcar incontables horas de investigación en sus extensas novelas históricas, también se hace un tiempo para recordar su propia vida. En el caso que nos ocupa, para recopilar una antología de leyendas argentinas que supo escuchar de niña, en la casa de doña Ciríaca, una vecina que, aunque "no sabía leer ni escribir, nos contaba historias maravillosas". De eso se trata *El guardián del último fuego y otras leyendas* –ed. Atlántida–, "de hechos mágicos y transformaciones misteriosas", de una niña que creció y ahora tiene la edad de la señora que le contaba las leyendas, y quiere repetir el ritual.

SEÑORAS Y SEÑORAS

La señora Tusquets



Esther Tusquets es, como su nombre lo indica, la señora editora que dio a conocer en España, entre otras grandes obras, las de Umberto Eco o las tiras de Mafalda. Hace dos meses decidió retirarse de su agitada y próspera profesión de editora de libros para intentar erigirse como escritora, cosa que es desde hace mucho: ya apareció su *Correspondencia privada*, un libro que fue muy bien saludado por la crítica de su país, sobre cuatro personas fundamentales en su vida. Además de dedicarse a escribir, la señora Tusquets se dedica ahora también a recoger perros callejeros y a encontrarles hogar.



IRENE VISEDO.

ESPECTACULOS

REENCONTRAR

"Los pasos perdidos" es una película de Manane Rodríguez que da una vuelta de tuerca al tema de la sustracción de menores durante la última dictadura hasta el punto que parece la contrapartida de "La historia oficial", un producto argentino algo idealizado.

POR MOIRA SOTO

La foto de una chica embarazada fue para Manane Rodríguez el comienzo de la gestación de *Los pasos perdidos*, una criatura cinematográfica que ya tiene fecha de estreno local –el 9 de agosto–, anticipándose a la presentación en España, país coproductor. La foto citada que conmocionó a la cineasta era la de una detenida-desaparecida que había tenido posteriormente una hija, también desaparecida. El destino de estos chicos, en tantos casos robados, obsesionó durante mucho tiempo a Manane Rodríguez, uruguaya que debió dejar Montevideo a los 21, en 1975. Se vino a Buenos Aires en lo peor del Rodrigazo y permaneció hasta fines del '76, una etapa aciaga en que fueron secuestrados amigos y compañeros, así como familiares directos (integrantes del grupo de uruguayos que pasó por Automotores Orletti).

Establecida en España, Rodríguez inicia, hacia fines de los 80, sus trabajos como guionista y realizadora de cine y TV. Entre otras producciones, dirige el video *El sexismo en el lenguaje*, para el Instituto de la Mujer. En 1996, debuta en el largometraje con *Retrato de mujer con hombre al fondo*, historia de una exitosa profesional treintañera que se desestabiliza cuando cae enamorada. Su siguiente realización, *Los pasos perdidos*, está protagonizada por los españoles Irene Visedo, Concha Velasco y Juan Querol, y por los argentinos Luis Brandoni y Federico Luppi. Desde España, Manane Rodríguez responde así a **Las/12**.

–Sin duda, tratar el tema de la problemática de los hijos de desaparecidos que fueron robados durante el proceso militar no es para vos un tema más, considerando tu propia historia, tu vinculación con la lucha por los derechos humanos, tu relación con los exiliados. ¿Cómo trabajaste,junto con tu guionista, ese material tan amplio y complejo para llegar a la síntesis ficcional que ofrece Los pasos...?

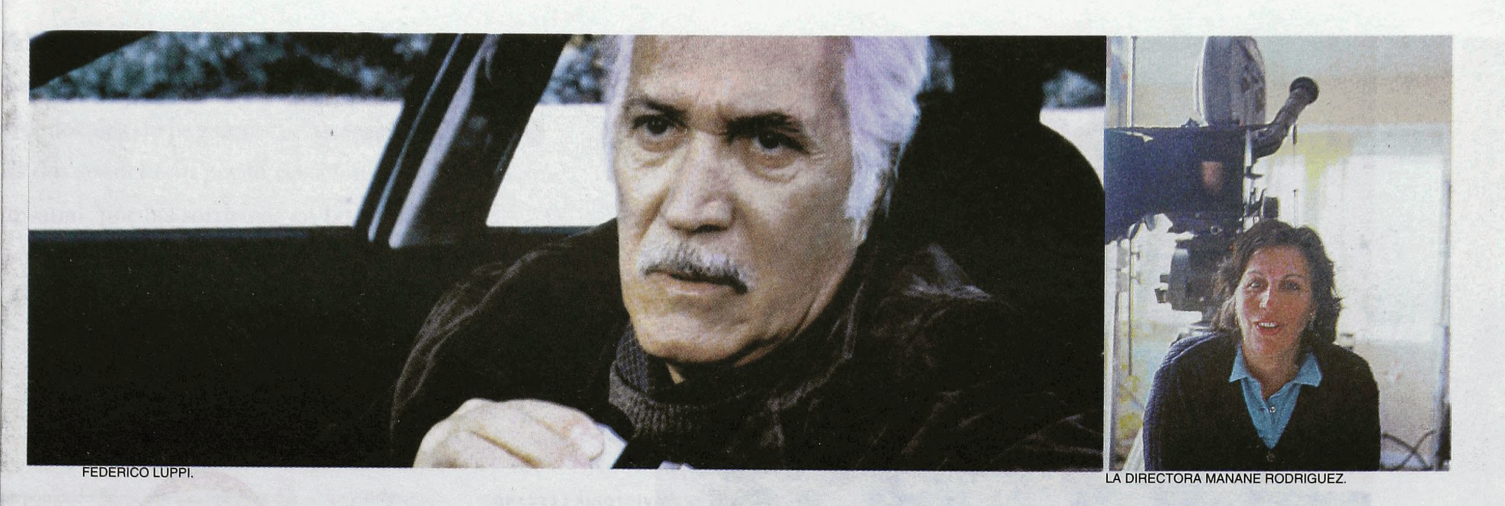
–El tema llevaba mucho tiempo llamándome, pero fue una foto, la de una pareja de amigos que habían sido secuestrados junto con su hija, que entonces tenía año y medio, la que me decidió. Ellos tenían entonces mi edad y yo en el recuerdo los había llevado conmigo y aunque no de una manera muy precisa, había ido ajustando su edad a la mía. Pero ellos no fueron creciendo conmigo y aquella foto, la de unos jóvenes de veintipicos años, había sido para ellos la última. Pensé, entonces, hacer una película que me acercara a su hija y a los hijos de tantos amigos. Pensé también que más allá de la lucha por su recuperación y la demanda de justicia, el cine debía darle la palabra a esa tercera víctima de la represión. Tomada la decisión se trataba de encontrar una idea que permitiese un enfoque novedoso que, sin caer en un sensacionalismo facilón, no escamotease los aspectos más duros de una historia de por sí brutal. La intención era ayudar a entender un poco más el drama por el que pasan esos chicos. Una vez que encontramos la historia, trabajamos en ella con mucha paciencia y mucha documentación, con algunos testimonios escritos que fueron dados directamente por víctimas de hechos semejantes hasta componer este relato que, aunque enteramente de ficción, puede ser perfectamente creíble.

–Ciertamente, aunque haya quienes piensan lo contrario porque les resulta más confortable el olvido o la negación, siempre valdrá la pena volver sobre los temas relativos a la violación de los derechos humanos, ya se trate del nazismo o del Proceso, ¿a vos te llegó el momento de hacerlo cuando tu proyecto ya había madurado lo suficiente o lo tenías listo hace tiempo y recientemente se dieron las condiciones para producirlo?

–Lo podía haber hecho un poco antes, pero no me aparecieron posibilidades de producción hasta hace un año, pero no lo lamento. Para mí, la película realizada es ya inseparable de los momentos y las circunstancias en las que fue rodeada, y de los actores con los que fue hecha. Efectivamente el olvido parece más cómodo, más confortable, pero sin embargo exige un esfuerzo mayor, un esfuerzo de represión constante contra una memoria siempre viva, que estará incesantemente ahí, mientras a alguien le quede algo en el corazón. Pienso que una sociedad que se niegue a esa memoria sufre un desgaste y un daño mucho mayores; un desgaste y un daño que se acaba extendiendo por todo el tejido social, como un cáncer. Creo que merece la pena recordar.

–¿Viste La historia oficial? Te lo pregunto porque tu film, desprovisto de demagogia y efectismo, hasta cierto punto parece la contrapartida de esa producción argentina un tanto idealizada. Los pasos... evita el maniqueísmo, sin dejar de señalar que detrás de ciertas conductas sinceramente afectuosas, de gestos banalmente cotidianos, se puede ocultar la crueldad más abyecta. Como es el caso del apropiador Luis Brandoni.

–*La historia oficial* se hizo en circunstancias distintas. Tal vez con menos perspectiva, no sé. El conocimiento de lo que había pasado no era el mismo que el que hay ahora, casi veinte años después de su realización. No quisiera ponerme a juzgarla ahora, pero te agradezco tus impresiones sobre *Los pasos perdidos*... porque describís lo que queríamos conseguir, desde que empezamos a escribir el guión con Xavier Bermúdez. Y después, ya en faena, cada día y frente a cada escena fue un tema que hablé mucho con los actores y, entre todos, buscamos un tono de neutralidad, casi documental, para retratar a los personajes, buscando la con-



FEDERICO LUPPI.

LA DIRECTORA MANANE RODRIGUEZ.

LAS HUELLAS

tención de cualquier gesto o situación, que pudiera llevarlos al estereotipo. Entendíamos que, en parte, era esa misma neutralidad la que colocaría a la película inequívocamente de un lado determinado: en contra del abuso, la crueldad y la mentira.

–Siguiendo con el tema de los personajes femeninos en tu obra, en Los pasos... optás por una hija de desaparecidos, no por un hijo, acaso continuando esa línea iniciada por la Madres de Plaza de Mayo, sus hijas secuestradas, torturadas y asesinadas, y ahora las hijas de esas hijas .algunas robadas como tu protagonista– muchas de las cuales tienen la edad de sus madres cuando desaparecieron.

–A pesar de que los jóvenes de la foto tenían una hija, no fue esto lo que determinó que la protagonista lo fuera. Estábamos frente a una historia de ficción que, además, no pretendía basarse en ningún personaje real, lo que nos permitía elegir libremente el sexo y la condición de cada uno de sus protagonistas. Pero cuando iniciamos la escritura del guión la inmensa mayoría de los casos sobre los que teníamos noticia y posibilidad de contacto personal eran casos de niñas robadas y fue, seguramente, eso lo que nos empujó a esa elección. Era impresionante desde luego estar viéndolas y pensar que tenían la edad de sus madres cuando éstas fueron secuestradas, torturadas y asesinadas. Hoy incluso ya tiene algún año más y son todavía mujeres muy jóvenes.

–Aunque no tiene mayor desarrollo es muy sugestivo el rol de la madre sustituta, esa mujer que respaldó con el silencio, que se volvió cómplice al parecer a su pesar. En ella hay acaso un principio de arrepentimiento que no existe ni por asomo en su marido.

–El personaje de Inés (Concha Velasco) es distinto al de su marido, sí. Es un personaje milimétricamente interpretado, ya que un error en el tono nos hubiera llevado, más allá del texto, a su igualación con el marido o a u exculpación. Creo que la aportación de Concha ha sido decisiva. No estoy segura de que en el caso de este personaje podamos hablar de arrepentimiento, aunque tal vez sí tenga un sincero deseo de que las cosas hubiesen sido de otra manera. Pero si nadie hubiese destapado el caso, muy probablemente ella hubiera seguido "jugando a las casitas" tan tranquilamente. Aunque el "tan tranquilamente" haya que entrecomillarlo.

–A su vez, Mónica, la chica a la que se ha privado sus raíces, su identidad, a la que se le ha negado cumplir su vocación artística, hace un trabajo de maestra jardinera que tiene connotaciones maternales, ¿esto fue premeditado?

–Naturalmente, no hay nada que hayamos querido dejar al azar, y ésta es una de las cosas: su contacto con los niños, los juegos que les propone. En este sentido es muy significativa la conversación que el personaje de Irene Visedo tiene con el de Brandoni cuando, hacia el principio de la película, la recoge en el coche. Encontré muchos casos en los que los chicos apropiados guardaban siempre en su subconsciente algún tipo de desconfianza hacia la situación que se les estaba haciendo vivir, y esa desconfianza se expresaba de muy diversas maneras.

–Que quede claro que también sos capaz de diseñar roles masculinos que, aunque episódicos, resultan entrañables como el abuelo en busca de su nieta, al que Federico Luppi otorga una conmovedora interioridad, su mirada siempre velada por un desconsuelo irremontable. Ahí se altera la línea femenina por la presencia activa de un varón, si bien apuntalado por abuelas que desarrollaron la investigación hasta llegar a Mónica.

–Muchas gracias, pero como habrás visto me anticipé a abrir el paraguas sobre mis personajes masculinos al referirme a *Retrato...* y *Los pasos...* es que esto es algo a lo que las mujeres directoras tenemos que responder siempre. Siguiendo con la película, quiero aprovechar la precisa descripción que hacés de la aportación de Luppi que suscribo totalmente (soy no sólo la directora en este caso, sino una de sus fans de toda la vida), para congratularme una vez más del grupo de actores y actrices del que he podido disfrutar y que tanto ha enriquecido la película. Con ellos lo más difícil, no sólo fue fácil, sino que parecía fácil, firmaría ya por poder repetir con todo ellos. Y respecto de los personajes masculinos,quisiera rescatar también el de Pablo (Juan Querol) que, aunque modestamente, amplía la línea masculina de rebelión contra el ocultamiento. Nadie puede negar el protagonismo de las mujeres en esta lucha de la que hablamos, pero también hay hombres. No obstante, la primacía indiscutible de las primeras, aprovecho también la ocasión para homenajear a esas indoblegables Madres y Abuelas.

MODA

MUJERES DEL BAJO





LA ROPA DE CECILIA GADEA

POR VICTORIA LESCANO

La conversación se desarrolla bajo las bellas luces rojas del bar Saturnalia, epicentro psicodélico de ese oasis de moda y música del microcentro llamado Diseñadores del Bajo, durante otra semana de más medidas opresivas. Nadine Zlotogora, pelo rubio mezcla de rizos Shirley Temple y rasta barroco, se refiere a la elaboración de sus tramas. Decoran un local de esa galería, con las que debutó en la pasarela del Baf Week y después mostró en un envío de moda de las pampas al Consulado argentino en Nueva York.

"El tejido es parte de mi historia; mi abuela paterna tejía todo; la casa estaba totalmente vestida; ella hacía al crochet desde los almohadones, los tapices, las pantallas de las lámparas, fundas para las macetas y hasta la tapa de la tetera. Crecí muy abrigada, llena de gorros con pompones y pantalones tejidos. Y en mis colecciones me remito a los álbumes familiares con esas escenas en que mi hermano y yo aparecemos con colores y prendas que no eran tan habituales", dice la diseñadora descendiente de polacos, suizos y franceses radicados en Flores.

Para iniciarse en las complejas tramas del estilo Nadine –el laboratorio textil funciona en la casa de sus padres–, basta con remitir a percheros donde, junto a una puesta con arlequines y pantuflas de crochet, cuelgan mañanitas de gasa, abrigos que remixan telar, urdimbre de tul y mangas de macramé con técnicas de nudos y foulards rebosantes de hilachas de lana y pompones.

"Trabajar con telar responde más que a la búsqueda de una estética étnica a mi interés en tener telas propias. Con las producciones manuales hago cadenas de 30 metros con varias series diferentes y, si uso telas, las resino o les hago alguna otra intervención, porque por regla general todo es muy enroscado. Formo colores por sumatorias de hilado; un rosa opaco casi sucio resulta de una mezcla de crema más salmón, a veces empleo hasta 16 hilados sumados que a la distancia dan el tono deseado", dice la designer, que matiza y financia sus colecciones con un trabajo en el departamento de tendencias de la firma Alpargatas.

Su currículum incluye varias colecciones para Ona Sáez durante los noventa, desarrollos para una empresa de punto española, incursiones en la producción de moda, temporadas de vendedora, cursos de vestuario teatral en el Colón y un título de maestro mayor de obra.

"Me remito a ese juego de descubrir más que mostrar, valiéndome de superposiciones; los inviernos me salen más fácil y tengo menos obstáculos para ser barroca, en cambio cuando las temperaturas de verano imponen que estés más desprovisto, hago capas más livianas y traslúcidas. En reemplazo de lana recurro a una gasa rebrodé

MODA

MUJERES DEL BAJO

Nadine Zlotogora y Cecilia Gadea son dos jóvenes diseñadoras que llevan adelante sus proyectos personales desde locales de la galería de Diseñadores del Bajo. Las dos se inclinan por la creación extremadamente artesanal, por las sorpresas en las prendas y por las mezclas de texturas.





LA ROPA DE CECILIA GADEA

POR VICTORIA LESCANO

La conversación se desarrolla bajo las bellas luces rojas del bar Saturnalia, epicentro psicodélico de ese oasis de moda y música del microcentro llamado Diseñadores del Bajo, durante otra semana de más medidas opresivas. Nadine Zlotogora, pelo rubio mezcla de rizos Shirley Temple y rasta barroco, se refiere a la elaboración de sus tramas. Decoran un local de esa galería, con las que debutó en la pasarela del Baf Week y después mostró en un envío de moda de las pampas al Consulado argentino en Nueva York.

"El tejido es parte de mi historia; mi abuela paterna tejía todo; la casa estaba totalmente vestida; ella hacía al crochet desde los almohadones, los tapices, las pantallas de las lámparas, fundas para las macetas y hasta la tapa de la tetera. Crecí muy abrigada, llena de gorros con pompones y pantalones tejidos. Y en mis colecciones me remito a los álbumes familiares con esas escenas en que mi hermano y yo aparecemos con colores y prendas que no eran tan habituales", dice la diseñadora descendiente de polacos, suizos y franceses radicados en Flores.

Para iniciarse en las complejas tramas del estilo Nadine –el laboratorio textil funciona en la casa de sus padres–, basta con remitir a percheros donde, junto a una puesta con arlequines y pantuflas de crochet, cuelgan mañanitas de gasa, abrigos que remixan telar, urdimbre de tul y mangas de macramé con técnicas de nudos y foulards rebosantes de hilachas de lana y pompones.

"Trabajar con telar responde más que a la búsqueda de una estética étnica a mi interés en tener telas propias. Con las producciones manuales hago cadenas de 30 metros con varias series diferentes y, si uso telas, las resino o les hago alguna otra intervención, porque por regla general todo es muy enroscado. Formo colores por sumatorias de hilado; un rosa opaco casi sucio resulta de una mezcla de crema más salmón, a veces empleo hasta 16 hilados sumados que a la distancia dan el tono deseado", dice la designer, que matiza y financia sus colecciones con un trabajo en el departamento de tendencias de la firma Alpargatas.

Su currículum incluye varias colecciones para Ona Sáez durante los noventa, desarrollos para una empresa de punto española, incursiones en la producción de moda, temporadas de vendedora, cursos de vestuario teatral en el Colón y un título de maestro mayor de obra.

"Me remito a ese juego de descubrir más que mostrar, valiéndome de superposiciones; los inviernos me salen más fácil y tengo menos obstáculos para ser barroca, en cambio cuando las temperaturas de verano imponen que estés más desprovisto, hago capas más livianas y traslúcidas. En reemplazo de lana recurro a una gasa rebrodé superponiendo flores con cuadros para dar sensación de movimiento", agrega sobre las claves de su estilo. También cuenta que se decidió por la moda en un largo viaje a bordo del colectivo 42 días antes de ingresar a arquitectura, cuando entendió que más que mirar edificios miraba gente, sus looks y sus actitudes. "La riqueza de un viejito, la rebeldía de un adolescente y esos que están perdidos, la mujer de 25 y madre joven muy joven para ser señora y muy grande para lucir como adolescente. Yo no me baso en un tema, si miro el presente, hacia atrás, creo personajes y hago prendas objeto que funcionan como muy buenos complementos, porque estar vestido íntegramente de Nadine no es para todos los días, sino para el día especial".

En su colección invierno 2001 abrigó con sus texturas multiculturales y llevó a la pasarela hasta al perrito de una vecina, uno de los modelos que mejor transitó la pasarela en un simulacro de bosque encantado y advierte que su próxima colección de verano, en cambio reflejará un picnic después de la guerra, el caos, los escollos cotidianos que atraviesa para desarrollar sus diseños.

MEZCLAS RARAS

Jugar con volúmenes, los moldes y los colores, contraponer materiales y texturas, ir más allá de las formas básicas establecidas son algunas de las reglas que rigen las colecciones de Cecilia Gadea. "Me remito a las investigaciones sobre el movimiento y las fotografías de secuencias de danza de Ettiene Jules Marey de manera tal que, cuando la prenda se abra, contenga sorpresas. Que al abrir un cierre aparezca otra tela y que el interior contenga planos de color o que un corte perfecto contraste con un detalle de hilos rasgados, lo desprolijo aparece como un detalle, aunque nunca lo implementaría como recurso punk", sintetiza Gadea.

En su nuevo local de DBD junto a una puesta con lilliums y biombos japoneses en miniatura cuelgan prendas que adhieren al concepto de básicos sofisticados: hay faldas de gabardina con un segunda capa en tul negro, otras rectas de inspiración Bauhaus, abrigos de paño negro que tras la simple apariencia esconden cuellos y puños tejidos, pinzas o vivos de cuero y una línea de vestidos y faldas de paño con el violeta de rigor de la temporada invierno aunque contrapuestos con sutiles pliegues de gasas.

Graduada en diseño gráfico, hizo diversos seminarios de moda hasta que en el '93, una colección basada en la deconstrucción del jean terminó en una beca para estudiar moda en Londres en la prestigiosa escuela Saint Martins, donde tomó cursos de tendencias y moldería de forma compulsiva. Ahora combina el desarrollo de su tercera colección propia con la labor de jefa de diseño de Try me, una marca para teenagers que extendió su área de influencias de la zona norte a los shoppings de Palermo y Belgrano.

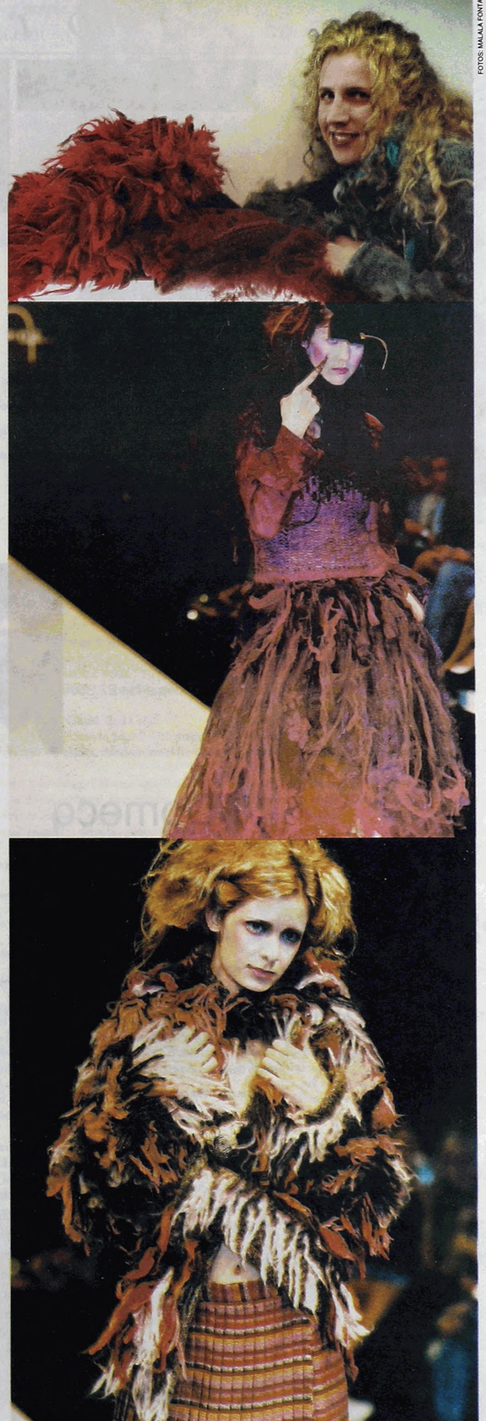
Devota de diseños clásicos de Poiret y Vionnet y los nuevos raros conceptuales, empezó haciendo ropa para ella y sus amigas en la adolescencia con la ayuda de la Singer familiar. Aún ahora toma cursos de oficios en extinción como bordados de canutillos –que por supuesto jamás aplicaría a sus prendas– o suele ser la única asistente a un curso de tejidos con máquina Knittax. "Me gusta estar en todas las áreas, desde cortar una muestra hasta seguir el proceso de desarrollo, siempre pienso en la función porque tienen que ser ponibles y recurro a detalles que nunca resuelvo con la simpleza de agregar un volado. Mi formación en gráfica continúa apareciendo en el trabajo de líneas y los matices; lo que cambia es el soporte, ahora está plasmado en tres dimensiones". Y la cronista puede agregar que también se extiende a su carpeta con bocetos, que en verdad son dibujos bellísimos encarpetados con prolijidad extrema, acompañados de instrucciones para las modelistas, aplicaciones de telas que no tienen nada que envidiar a los catálogos de ropa de muñecas recortables.

"Los cuellos como marco de la cara son el tema de las últimas temporadas; ése fue el nuevo foco del cuerpo destacado desde la indumentaria y yo lo usé mucho con juegos del volumen hasta en trajes para novias muy lánguidas", agrega Gadea. El año pasado en un jardín transformado en decorado al estilo *Mil y una noches* lució uno de susmodelos favoritos: su propio traje de novia azul con cuello elaborado y que bajo las tablas de la falda escondía estampas de una poesía escrita por su marido, un diseñador gráfico con el que comparte expediciones fotográficas en busca de detalles que luego traslada a los bocetos.

–¿A quiénes están dirigidos los originales Gadea? Vale aclarar que las modelos de sus campañas son pálidas por regla general y de estilo retro.

–A pesar de que hay una crisis muy grande, las mujeres están empezando a valorar el diseño y aprendiendo a tener una prenda de diseñador en su guardarropas. Tal vez buscan una más atemporal que las acompañe durante años y que puedan combinar con el resto de su guardarropas. Mientras que para Try Me hago una propuesta global destinada a vender todo un conjunto, siguiendo estilos afines con personajes de la tevé o la modelo de moda, en mi colección me doy el gusto de vestir a mujeres de distintas profesiones que buscan ropa de día, ponible y que luzca única.

Anticipa que su colección de verano tendrá detalles de color en gasas, algodones y poplines, telas de la India y experimentos con recortes de láser que se suelen usar en bordados. "Continúa la cintura marcada y las faldas más amplias, atentas a la silueta de los cincuenta, porque la moda de 2000 finalmente se trata de un homenaje a todas las décadas anteriores, hay más sorpresas en los materiales que en lo formal y lo novedoso está en las texturas".



FOTOS: MALALA FONTAN

LA ROPA DE NADINE ZLOTOGORA.

adine Zlotogora y Cecilia Gadea son dos jóvenes señadoras que llevan adelante sus proyectos personales sde locales de la galería de Diseñadores del Bajo. as dos se inclinan por la creación extremadamente tesanal, por las sorpresas en las prendas por las mezclas de texturas.

erponiendo flores con cuadros para dar sación de movimiento", agrega sobre las ves de su estilo. También cuenta que se cidió por la moda en un largo viaje a rdo del colectivo 42 días antes de ingre- a arquitectura, cuando entendió que s que mirar edificios miraba gente, sus oks y sus actitudes. "La riqueza de un jito, la rebeldía de un adolescente y esos e están perdidos, la mujer de 25 y ma- e joven muy joven para ser señora y muy ande para lucir como adolescente. Yo no baso en un tema, si miro el presente, cia atrás, creo personajes y hago prendas jeto que funcionan como muy buenos mplementos, porque estar vestido ínte- amente de Nadine no es para todos los s, sino para el día especial".

En su colección invierno 2001 abrigó n sus texturas multiculturales y llevó a la sarela hasta al perrito de una vecina, uno los modelos que mejor transitó la pasa- a en un simulacro de bosque encantado dvierte que su próxima colección de ve- no, en cambio reflejará un picnic des- és de la guerra, el caos, los escollos coti- anos que atraviesa para desarrollar sus eños.

EZCLAS RARAS

ugar con volúmenes, los moldes y los lores, contraponer materiales y texturas, más allá de las formas básicas estableci- s son algunas de las reglas que rigen las lecciones de Cecilia Gadea. "Me remito as investigaciones sobre el movimiento y fotografías de secuencias de danza de tiene Jules Marey de manera tal que, ando la prenda se abra, contenga sorpre- . Que al abrir un cierre aparezca otra te- y que el interior contenga planos de co- o que un corte perfecto contraste con detalle de hilos rasgados, lo desprolijo arece como un detalle, aunque nunca lo plementaría como recurso punk", sinte- a Gadea.

En su nuevo local de DBD junto a una esta con lilliums y biombos japoneses miniatura cuelgan prendas que adhie- n al concepto de básicos sofisticados: hay das de gabardina con una segunda capa tul negro, otras rectas de inspiración uhaus, abrigos de paño negro que tras la nple apariencia esconden cuellos y pu- s tejidos, pinzas o vivos de cuero y una ea de vestidos y faldas de paño con el leta de rigor de la temporada invierno nque contrapuestos con sutiles pliegues gasas.

Graduada en diseño gráfico, hizo diver- seminarios de moda hasta que en el , una colección basada en la decons- cción del jean terminó en una beca para udiar moda en Londres en la prestigiosa uela Saint Martins, donde tomó cursos tendencias y moldería de forma com- lsiva. Ahora combina el desarrollo de su cera colección propia con la labor de je- de diseño de Try me, una marca para te- agers que extendió su área de influencias la zona norte a los shoppings de Palermo y Belgrano.

Devota de diseños clásicos de Poiret y Vionnet y los nuevos raros conceptuales, empezó haciendo ropa para ella y sus amigas en la adolescencia con la ayuda de la Singer familiar. Aún ahora toma cursos de oficios en extinción como bordados de canutillos –que por supuesto jamás aplicaría a sus prendas– o suele ser la única asistente a un curso de tejidos con máquina Knittax. "Me gusta estar en todas las áreas, desde cortar una muestra hasta seguir el proceso de desarrollo, siempre pienso en la función porque tienen que ser ponibles y recurro a detalles que nunca resuelvo con la simpleza de agregar un volado. Mi formación en gráfica continúa apareciendo en el trabajo de líneas y los matices; lo que cambia es el soporte, ahora está plasmado en tres dimensiones". Y la cronista puede agregar que también se extiende a su carpeta con bocetos, que en verdad son dibujos bellísimos encarpetados con prolijidad extrema, acompañados de instrucciones para las modelistas, aplicaciones de telas que no tienen nada que envidiar a los catálogos de ropa de muñecas recortables.

"Los cuellos como marco de la cara son el tema de las últimas temporadas; ése fue el nuevo foco del cuerpo destacado desde la indumentaria y yo lo usé mucho con juegos del volumen hasta en trajes para novias muy lánguidas", agrega Gadea. El año pasado en un jardín transformado en decorado al estilo *Mil y una noches* lució uno de susmodelos favoritos: su propio traje de novia azul con cuello elaborado y que bajo las tablas de la falda escondía estampas de una poesía escrita por su marido, un diseñador gráfico con el que comparte expediciones fotográficas en busca de detalles que luego traslada a los bocetos.

–¿A quiénes están dirigidos los originales Gadea? Vale aclarar que las modelos de sus campañas son pálidas por regla general y de estilo retro.

–A pesar de que hay una crisis muy grande, las mujeres están empezando a valorar el diseño y aprendiendo a tener una prenda de diseñador en su guardarropas. Tal vez buscan una más atemporal que las acompañe durante años y que puedan combinar con el resto de su guardarropas. Mientras que para Try Me hago una propuesta global destinada a vender todo un conjunto, siguiendo estilos afines con personajes de la tevé o la modelo de moda, en mi colección me doy el gusto de vestir a mujeres de distintas profesiones que buscan ropa de día, ponible y que luzca única.

Anticipa que su colección de verano tendrá detalles de color en gasas, algodones y poplines, telas de la India y experimentos con recortes de láser que se suelen usar en bordados. "Continúa la cintura marcada y las faldas más amplias, atentas a la silueta de los cincuenta, porque la moda de 2000 finalmente se trata de un homenaje a todas las décadas anteriores, hay más sorpresas en los materiales que en lo formal y lo novedoso está en las texturas".

FOTOS: MALALA FONTAN

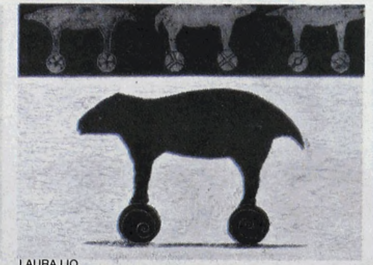


LA ROPA DE NADINE ZLOTOGORA.





SONIA ORDEIG FOURNIER



LAURA LIO

EDUARDO CHILLIDA.

Premiados

Hasta el 5 de agosto se puede ver en el Centro Cultural Recoleta la muestra Estampas, de artistas premiados en España entre I990 y el 2000. Hay de todo y para todos los gustos en materia de estilos.



Puercoespín

En Masilla 4072, esquina con Scalabrini Ortiz, tiene su lugar ganado el local de juguetes naturales "El pequeño puercoespín", con chiches al estilo europeo. Deliciosos muñecos de trapo, teatros para títeres, títeres de cucurucho, delantales con bolsillos para lápices, triciclos de madera sin pedales y juegos de encastre artesanales son algunas de las perlitas que se pueden encontrar, ahora que se acerca el Día del Niño.

La 212

La 212 presenta *Demasiado viejo, demasiado lejos...*, con dirección general de Gustavo Hurtado a partir de textos de Beckett, en el teatro La Carbonera (Balcarce 998). Estrenan el 4 de agosto, y van los sábados a las 23.30.



Calendario

El calendario ya célebre de la marca de vodka Absolut convoca desde hace unos años a jóvenes diseñadores gráficos para que dejen volar su imaginación bajo la consigna de que en alguna parte de la imagen debe recortarse la silueta de la botella Absolut. El resultado es deslumbrante, y como suele pasar últimamente con marcas de primera línea mundial, allí la publicidad se casa con el arte.

Domecq

El grupo Allied Domecq anunció que se ha hecho cargo de la totalidad del control accionario de Bodegas Graffigna de San Juan y de Bodegas y Viñedos Sainte Sylvie de San Rafael, Mendoza. Las bodegas seguirán operando separadamente. El grupo es la segunda compañía de bebidas espirituosas, vinos y licores del mundo: entre otras marcas, posee el whisky Ballantine`s y el gin Beefeater.

Sopas y pasta

Maggi sale al ruedo con sus caldos light, sus sopas listas, sus consomés y sus purecitos. Aunque las estrellas de la temporada son sus pastas para hacer en tres minutos, con sabor a pizza, pollo, queso y carne.

Diavolo

Antonio Banderas incursiona como muchas otras celebrities en el mundo perfumero, de la mano de Diavolo, que ahora llega en su versión para mujeres, Diavolo per Donna. El diablillo en cuestión parece remitir inequívocamente a la pasión, y más precisamente en una versión sado que hace que su campaña esté rodeada de látigos y esposas.

Absolue

Es la crema de avanzada de Lancôme, un reconstituyente profundo elaborado como un tratamiento de grandes propiedades anti-edad: los científicos franceses de la marca líder entre las de primera línea abordaron en conjunto varios factores que producen el envejecimiento de la piel, como las causas cronológicas, el envejecimiento fotoinducido y las carencias hormonales. Absolue está protegida comercialmente por siete patentes registradas.

Ana María Giunta era trabajadora social antes de ser actriz, y hoy volvió al ruedo. Dirige un taller en el que casi cien chicos, muchos de ellos con deficiencias mentales, aprenden a jugar, a convivir, a pasarla mejor.

PERSONAJES

la Giunta



TAMPINCUAS

POR SONIA SANTORO

Cuando ella empieza a hacer sonar sus palmas potente y espaciadamente, todos hacen silencio. Sentada en un extremo del salón, como una gran madre, capta la mirada de todos sus hijos. Ella lleva un gran vestido naranja –como su pelo y las paredes recién pintadas del salón–, que irradia energía. Ellos están cómodos, y no sólo por su ropa, el lugar los hace sentir bien. Son casi un centenar de chicos discapacitados, pobres o sin techo que se reúnen para hacer de la integración una cosa cotidiana. Desde el sábado 12 de julio, los "Talleres de arte para la vida, Todos en Junta", que coordina la actriz y trabajadora social Ana María Giunta, tienen nueva sede. Una casona que, dice, se consiguió casi milagrosamente.

En el salón hay una efervescencia contenida. Los chicos quieren hablar, decir cosas. Se mueven, ríen, juegan, dan vueltas. Pero esperan que les den la palabra para expresar su opinión. Este es el momento del fogón: donde todos se encuentran. Más tarde, se dividirán en grupos para trabajar según las necesidades de cada uno.

–Ellos piensan que no empezaron las clases, pero éste es el período en que los asistentes hacen la observación –cuenta Ana María Giunta, después de hacernos sentar a su lado y mientras atiende todos los flancos: una nena que se le cuelga de sus frondosos brazos para hacerle una confesión o un asistente que le comenta que un chico no quiere entrar.

Fiama, Selene y Eloy, tres hermanos de un total de 11, se mueven como hormiguitas a su alrededor.

–Tenemos que ordenar la vida, vos sabés, ya tenés edad para ayudar a mamá –le dice Ana María a Fiama. Los chicos habían llegado tarde.

Lo que se aprende en los talleres, además del respeto por el diferente, es a atender y a escuchar. Todo eso detrás de una serie de actividades que incluyen plástica, escenografía, canto, danza y destrezas, además de actuación.

–¡Se quedan quietas porque les va un cachetazo! –dice, enérgica, a un grupo de nenas que pelea. "Yo ejerzo el maternado, los abrazo, los aplaudo, los reto, los cago a pedos", justifica Ana María.

Ahora el que se acerca es Nahuel, de 11 años.

–¿Vos sabés lo que yo hice cuando llegué? –me pregunta–. Le mordí una teta. –Y retoza, riéndose, en el hombro de Ana.

–Me salía sangre... y lo abracé. Era muy agresivo –explica ella–. Porque estos chicos son muy desconfiados, están siempre a la defensiva. Yo les doy amor.

"Todos en Junta" empezó hace ocho años con siete chicos con discapacidad mental, ahora son 100, de los cuales 30 no tienen casa. En la historia de este nuevo espacio de tres pisos, ubicado en Callao 56, Dios tuvo algo que ver, piensa ella. Hacía tiempo que buscaba un lugar más grande, pero no tenía plata para costearlo porque no recibe ningún subsidio. Primero, la fundación Fundav le ofreció ayudarla con el alquiler. Ana había visto este edificio hacía tiempo, le tiraba besitos cuando pasaba y hablaba con la gente de la inmobiliaria. 56 es el número de suerte de su madre y, en la quiniela, 56 es la caída: en esos días ella se dio un lindo porrazo. Milagro o azar, como sea, cuando el dueño supo que la interesada era Ana María Giunta aceptó bajarle el alquiler a lo que ella pudiera pagar, menos de la mitad, y la inmobiliaria también cedió su parte. "Dios juega en mi cancha ¡no sabés cómo!", dice.

–¿Para qué es esto? –Ana se golpea la frente.

–¡Para pensar! –grita el variado coro de voces.

–Acá se aprende a discernir, a concentrarse y a ayudar al otro– resume.

El 60 por ciento de los talleristas está becado; el 40 restante paga 100 pesos por mes. Por el momento, se reúnen todos los sábados a la mañana. A la tarde, Ana coordina talleres para adultos donde amas de casa, indígenas, travestis, modelos y adictos tienen la misma entidad. La mayoría se quedó en el taller porque es el único lugar donde no se los trata como marginales. Pero empezar no fue fácil. Para convencer a los padres de lo importante de que se encuentren chicos con distintas historias y problemas, Ana María trajo a sus tres nietos y demostró que la integración es posible. Antes, tuvo que vencer la reticencia de su hija, que ahora trabaja con ella en el mantenimiento del lugar. Su otra hija oficia de asistente. Y, mucho antes de eso, cuando la tarea social estaba distanciándola de su marido, consiguió su apoyo.

–El tenía un rechazo a la discapacidad y cada vez que me iba a trabajar me decía "¡andá a hacer patria, nomás!". Como si me estuviera yendo con un amante. Entonces, le dije que íbamos a tener que rever nuestro matrimonio.

Así consiguió que, a regañadientes, un día la fuera a buscar. Ana María hacía trencito con niños para que se integraran a un baile, pero por su sobrepeso se agitaba muchísimo. "Entonces, él me dijo que me sentara porque que iba a dar un infarto y se puso a hacer el trencito por mí", cuenta Ana. Hoy es el administrador.

Ana María fue trabajadora social antes que actriz. Desde los 12 años hace voluntariado. Es maestra y profesora de artes y danzas y trabajó en servicio social durante muchos años en villas, cárceles y hogares. A los 27, se hizo actriz. "Abandoné la tarea social porque sentí que no se me comprendía. Eran los años 60 y pico y en Mendoza me denunciaron por corruptora de menores porque enseñaba educación sexual", cuenta.

Como si todo esto no alcanzara, para quienes no pueden creer que viva tan austeramente en un PH, que no prefiera los brillos de la fama ni se desviva por protagonizar una película, Ana tiene una respuesta: "Me gusta ser actriz, me hace feliz, pero acá hay una militancia".

INTERNACIONALES

Carmen María Argibay es la jueza argentina que integrará el Tribunal Internacional de Naciones Unidas que juzga los crímenes de guerra en la ex Yugoslavia. En la designación de esta mujer de 62 años, que se define como una jueza garantista en pleno auge del discurso "mano dura", pesó tanto su trayectoria como su compromiso en la lucha por los derechos de las mujeres, de un lado y del otro, de los estrados judiciales.

una mujer **ahí**

POR MARTA DILLON

Buena parte de la agitación que hormiguea en los pasillos del Palacio de Justicia se detiene en el sexto piso, el último, donde el sol se atreve a visitar los pasillos que dan a los patios internos. Un magro consuelo para los familiares de los detenidos que suelen pasar largas horas esperando para verlos pasar, esposados, hacia alguno de los despachos o salas de audiencia. Es que a esa altura de los Tribunales llegan los casos penales en su última etapa, la del juicio oral. Y allí está el despacho de Carmen María Argibay, la jueza argentina que integrará el Tribunal Internacional de Naciones Unidas que juzga los crímenes de guerra en la ex Yugoslavia.

Es una mujer sencilla, de gustos refinados. Al menos es lo que se puede decir de quien en la misma hora de charla es capaz de hablar con el idioma de la cárcel mientras fuma sin intervalos, recordar composiciones de música clásica y confesarse fiel lectora del *Times* y del *Herald*, los únicos diarios que lee, pero de los que no puede prescindir. Si alguien hubiera delineado alguna vez los inevitables de la moda judicial seguramente hubiera descripto a la doctora Argibay: trajecitos en la gama del gris, camisas arremangadas por encima de las muñecas, una buena profusión de medallas de oro, los anteojos colgando de alguna elegante tirita que no les permite huir más allá del pecho –si no fuera así, no los volvería a encontrar– y un estilo de pelo corto y cómodo, para no estar perdiendo demasiado tiempo frente al espejo por las mañanas. Evidentemente esta mujer nunca se detuvo más de lo necesario a pensar en estas menudencias, pero las pocas –poquísimas, sobre todo en el fuero penal– mujeres juezas que hay en nuestro país parecen haber llegado a un acuerdo tácito sobre la comodidad en la ropa de trabajo. Argibay es una mujer de trabajo que ingresó a Tribunales hace más de cuarenta años y que ahora escucha con tristeza la protesta de los empleados judiciales que se cuela desde la calle por las amplias ventanas de su despacho. Sin embargo, para ella todavía es época de festejo. A más de un mes de su designación como juez *ad litem* –para casos particulares– del Tribunal Internacional de La Haya, todavía sigue recibiendo merecidos llamados de felicitación. Ella misma apenas puede creer la forma en que se resolvió su candidatura para integrar ese Tribunal que la contará como miembro efectivo desde enero del 2002. "Me habían pedido que viajara en septiembre, pero es imposible: prometí a mi madre que la llevaría a conocer sus bisnietas alemanas, hijas de una sobrina mía. Y aunque a sus 91 años está muy bien, el tiempo no espera, no puedo dejar pasar la oportunidad." Siempre vivió con su mamá, una eximia pianista que todavía acaricia las teclas en el piso que comparten las dos en Recoleta.

"En realidad fui yo misma quien se presentó ante el Ministerio de Justicia para saber si habían candidateado a alguien más para esa Corte yresultó que no, que no era parte de sus urgencias." Ella se propuso, presentó sus antecedentes, sus cartas de recomendación de distintas organizaciones del mundo, sus ganas y, a pesar de que le habían advertido que nadie gana el puesto en la primera ronda de votación de la Asamblea General de las Naciones Unidas, el 12 de junio, sin dudarlo, 127 países le dieron su acuerdo. Le sobraron votos, algo que todavía le cuesta creer y para lo que, dice, no tiene explicaciones. Pero haber presidido la Asociación Mundial de Mujeres Jueces entre 1999 y el 2000 era un antecedente ineludible, además de su trayectoria y de su compromiso en la lucha por los derechos de las mujeres.

Fue en Tokio donde Argibay supo de la posibilidad de integrar la Corte Internacional que ahora incluye a los delitos sexuales como crímenes de guerra. Había estado allí el año pasado por invitación de Organizaciones no Gubernamentales que formaron un tribunal simbólico para juzgar crímenes de guerra cometidos por el ejército japonés durante la Segunda Guerra Mundial. "El hecho es que los juzgados de ese país estaban rechazando las demandas de las sobrevivientes, que eran poquitas. Digo 'las' porque se trataba de mujeres que necesitaron muchos años para poder denunciar la explotación sexual que sufrieron y que entendieron que la violación no era parte de lo que siempre sucede en las guerras sino un delito grave. Me interesó mucho el tema porque nunca se había investigado. Las denunciantes eran mujeres de nueve países del sudeste asiático invadidos durante la guerra." Durante tres días de largas audiencias, Argibay escuchó los testimonios de quienes durante 55 años no se habían atrevido a hablar, "no las entendían o no las escuchaban, ellas mismas se sentían culpables, como suele suceder en general con las víctimas de violación". Algunas de las responsables de la organización de ese tribunal fueron quienes insistieron sobre su idoneidad para integrar la Corte de La Haya, mujeres como Gabrielle Kirk Mac Donald –que había trabajado en la fiscalía de Carla del Ponte, la misma que ahora acusa a Slobodan Milosevic–, Rhonda Copeland de la Universidad de Nueva York o Patricia Viseur–Seller, todas de reconocida trayectoria internacional. "El problema era que no sabíamos si la Argentina ya se había decidido por otro profesional, en ese caso Canadá se había ofrecido a presentar mi candidatura como juez extranjero, ya que cada país puede de presentar un candidato nativo y otro de otro país." No hizo falta: Argibay no encontró competidores en el país y ella es una de las 27 mujeres jueces que integrarán la Corte que juzgará los crímenes de guerra cometidos en la ex Yugoslavia, una realidad que esta jueza de 62 años conoce por los diarios, pero está dispuesta a escuchar e informarse todo lo que sea necesario.

LA CÁRCEL DESDE ADENTRO

Como integrante del Tribunal Oral Nº 2, el que dejará cuando asuma sus responsabilidades internacionales, esta jueza se define sin dudarlo: "Con toda seguridad soy una jueza garantista y además voy a defender toda mi vida que nuestra función es la de defender las garantías constitucionales". Carmen Argibay sabe que el mote de garantista alude en nuestro país a cierto pensamiento progresista dentro de la Justicia, que en épocas en que el discurso de la "mano dura" se cae de la boca de muchos gobernantes hasta parece sentar una sospecha sobre el tratamiento complaciente hacia quienes cometen delitos. Pero, para ella, ser garantista no es más que una definición del rol de los jueces. "Nosotros somos quienes resolvemos en un conflicto que interesa a la sociedad, porque de un lado tenemos a un acusador público que representa al Estado y se trata de delitos que afectan la vida social. Del otro, a un ciudadano en situación delictual. Nuestra misión específica es velar para que se respeten todas las garantías porque siempre las personas están en inferioridad de condiciones con respecto a los poderes del Estado. ¿Y quiénes están para defender a los ciudadanos, a los habitantes de un territorio? Nosotros, los jueces. Eso significa ser garantista, significa tratar como inocente a cualquier acusado hasta que el fiscal demuestre lo contrario. El tema de la mano dura, el aumento de las penas que tanto se pide, no tiene nada que ver con esto."

–¿Usted cree que endurecer la legislación en materia penal, aumentar las penas para

ADRIAN PEREZ



ciertos delitos, puede ayudar a que éstos se cometan menos?

–Voy a dar un ejemplo que ponemos en la facultad cuando damos Derecho Penal y se trata la pena de muerte. Es una discusión que siempre se da aun cuando en nuestro país su aplicación sea imposible, porque una vez firmado el pacto de San José de Costa Rica, después de habérsele dado carácter constitucional no se lo puede contradecir. Y allí dice claramente que los países firmantes que tuvieran la pena de muerte tienen que tender a abolirla y que quienes no la tienen no la pueden implementar. Pero el ejemplo al que se hacía referencia es materia de estudio: hubo una época en Inglaterra en que se impuso la pena de muerte para los *pick pocket* –descuidistas o arrebatadores– y las ejecuciones en la horca se hacían públicamente como medida ejemplificadora. Una verdadera muchedumbre asistía a las plazas públicas cuando esto sucedía, y entre ellos, por supuesto, muchos *pick pocket* que aprovechaban el amontonamiento. Evidentemente no tenía sentido, y es así porque el sujeto que está en situación de delito cree que nunca lo van a agarrar. En muchos casos ni siquiera sabe cuál es la pena que le corresponde porque, aunque la ley se presuma conocida por todos, es una ficción jurídica.

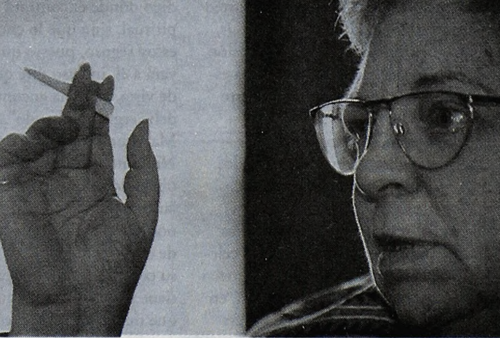
–Usted menciona tratados internacionales de carácter constitucional que, sin embargo, siguen en contradicción con ciertas leyes anteriores, ¿Cómo se resuelve esto en la práctica?

–Sucede que el Código de Procedimientos con que nos manejamos toma como base uno del año 1939 y de hecho todos los días estamos declarando inconstitucionales una serie de artículos y leyes contradictorias. Esto deja a criterio de los tribunales un montón de decisiones que no deberían ser así y que sientan contradicciones en la jurisprudencia. Se supone que para eso están la casación y la Corte Suprema, pero...

Argibay no quiere terminar la frase, deja ese suspenso para que se lo interprete de la misma manera que ella se enfrenta a esos espacios en blanco que dejan las contradicciones del sistema legal en el que se habituó a manejarse desde el año 1959. Entonces fue cuando ingresó en Tribunales mientras estudiaba, como empleada meritoria, creyendo firmemente que era la mejor manera de aprender. "Cuando me recibí, creí que sería bueno ejercer la profesión para conocer el otro lado de las cosas, siempre con preferencia en el fuero penal. Por un lado me gustó porque me permitía desarrollar la imaginación en la elaboración de la defensa. Pero por otro lado era muy tonta para cobrar y eso es un problema serio porque de pronto una se encuentra con que no puede afrontar sus obligaciones cotidianas." Y volvió a lo seguro en el año '66, se inscribió para ser secretaria y sintió en carne propia una discriminación que muchas mujeres en la Justicia niegan. "Sé perfectamente cada vez que me discriminaron, primero porque los ascensos tardan más de lo acostumbrado; recuerdo un juzgado en que el titular decía siempre que yo era su mano derecha, pero al momento de nombrar secretario eligió a un hombre. Y cuando se llega a un cargo hay que estar rindiendo examen todo el tiempo. Eso es discriminación." Después de haber pasado por juzgados de instrucción y de menores, Argibay fue nombrada como secretaria de Superintendencia de Cámara, cargo en el que, dice, "armé mucho lío". Ella era quien debía revisar los nombramientos, los puntajes, los escalafones y una serie de cuestiones administrativas en las que encontró demasiados rastros de corrupción que quiso corregir. Tal vez porque su presencia era molesta o por propia insistencia, porque a Argibay la "aburren enormemente las cuestiones administrativas", le tocó, en 1975, ocupar la vacante que se había producido en la Secretaría General de la Cámara del Crimen. "Me duró poco, la madrugada del 24 de marzo de 1976 tiraron abajo la puerta de mi casa y me llevaron detenida a disposición del Poder Ejecutivo. Durante nueve meses conocí la cárcel por dentro, ya no como visitante, rol en el que había ido muchas veces, estaba presa y nunca supe por qué."

> "Los delitos sexuales en situación de guerra son planificados y se ejercen para generar temor: las mujeres son repudiadas y marginadas en sus comunidades. Esto es tan viejo como el mundo, agredir a las mujeres, apropiárselas es una forma de humillar al enemigo."





EL OTRO LADO

Salió de la cárcel el 22 de diciembre de 1976, sin saber por qué había entrado y con un preinfarto en su historia clínica. No quiso irse del país, no hubiera sabido cómo sobrevivir fronteras afuera. No tuvo ningún otro contacto con la dictadura, salvo el engorroso trámite de sacar su pasaporte que durante largos meses le fue negado, sin explicaciones. Volvió al ejercicio de la profesión, tomando casos que le pasaban algunos amigos, sin más expectativas que sobrevivir. Con la vuelta de la democracia llegó también la vuelta a Tribunales, le ofrecieron un puesto como jueza de Cámara que ella, en principio, rechazó. "Yo estuve en la cárcel, sé lo que es eso y me va a costar demasiado condenar a alguien a estar allí." Pero esa razón que ella creía una contra fue el dato a favor que le permitió ser la primera mujer en la historia de la Cámara del Crimen. Después hubo otras tres. Nada más.

Esa notoria diferencia, "esa discriminación cotidiana y larvada que muchas veces pasa desapercibida", fue la que la impulsó a organizar en 1993 la Asociación Argentina de Mujeres juezas como una rama de la Asociación Internacional. De las "diez locas que nos juntábamos", la Asociación fue creciendo hasta poner en la agenda judicial a los derechos humanos y a toda forma de discriminación contra la mujer como un tema ineludible. Así creció la Asociación Internacional que la contó como presidenta durante dos años.

Argibay está segura de que frente a delitos sexuales o de violencia doméstica las mujeres tienen otra visión, una que compromete a su propio cuerpo, a su propia historia. Y es esa mirada particular la que se buscó incluir en el Tribunal Internacional de la Haya que juzgará lo actuado por los ejércitos en la ex Yugoslavia, cuando los delitos sexuales son considerados crímenes de guerra. "Este tipo de delitos son planificados y se ejercen para generar temor: las mujeres son repudiadas y marginadas en sus comunidades. Esto es tan viejo como el mundo, agredir a las mujeres, apropiárselas es una forma de humillar al enemigo. Y las consecuencias son mucho más graves de lo que se puede pensar. En Tokio fue muy impresionante escuchar a las mujeres decir 'no nos vamos a callar 50 años', porque ellas rompen el silencio y no se pueden eludir sus palabras. Ahora en Yugoslavia ha habido condenas contra militares por esclavitud sexual de mujeres secuestradas en operativos de guerra. Yo sé que puede ser duro escuchar esos testimonios, llegar a las condenas. Pero la verdad es que me gusta aceptar desafíos."

Dios en conflicto

POR MARY MACCARTHY

En su libro "Memorias de una joven católica" –que acaba de ser editado por Lumen–, Mary MacCarthy realiza una inteligente crítica a la Iglesia y a la "falsa magnanimidad" de muchos de sus fieles. Entre sus páginas puede palparse, en clave autobiográfica, la brillantez habitual de la ensayista y narradora norteamericana.

A menudo me preguntan si conservo mis tradiciones católicas. Es difícil dar una contestación, debido, en parte, a que estas tradiciones católicas me fueron transmitidas por distintos canales. Por una parte, estaba el catolicismo que aprendí de mi madre y de los sencillos sacerdotes y monjas de mi parroquia en Minneapolis que, en términos generales, era una religión de belleza y bondad, pese a que no practicara con la debida perfección. Pero, por otra parte, estaba el catolicismo del salón de mi abuela McCarthy y del hogar que nos dieron, que era una doctrina amarga y siniestra, en la que viejos odios y rencores se habían cosido en su propio jugo durante generaciones, mientras la ignorancia revolvía orgullosamente el contenido de la olla. (...) A veces he pensado que el catolicismo no es religión conveniente para los seglares, o, al menos, para los seglares norteamericanos, en quienes saca a la superficie los peores rasgos de la naturaleza humana y los inviste de una especie de falsa santificación. En el curso de la publicación de estos recuerdos en revistas, he recibido muchas cartas de seglares y también de sacerdotes y monjas. Las cartas de los seglares –principalmente de las mujeres– son todas parecidas y las tengo archivadas bajo el título de *Correspondencia soez*. A menudo, estas cartas están repletas de faltas de ortografía, a pesar de que los autores aseguran que son gente educada. Y todas ellas, sin excepción, son amenazadoras. "Falsedad", "deformación", "mentira", "hipocresía", "odio", "veneno", "inmundicia", "basura", "vulgaridad", son palabras del vocabulario común a todas estas cartas. Los autores amenazan con cancelar la suscripción a las revistas que publicaban mis recuerdos, hablan de "muchas otras personas que usted sabe que piensan igual que yo", es decir, intentan constituirse en grupo de presión. Algunos exigen respuesta. Una señora escribió: "Tengo la impresión de que esto está prohibido por la ley".

Contrariamente, los sacerdotes y las monjas que me han escrito acerca de los mismos recuerdos dan una nota que casi parece herética. Muchos dicen que mi "sinceridad" los ha conmovido; algunas monjas rezan por mí y los sacerdotes celebran misa a la misma intención. Un joven jesuita me dice que ha pensado en mí, en ocasión de visitar el convento de Forest Ridge, en Seattle, y mirar las filas de muchachas: "Y he caído en la cuenta de que la sorprendente brillantez de aquella esbelta huérfana corría pareja con su altiva resolución e impetuoso empuje. Y no era fácil la vida para ella, en aquellos tiempos. Supongo que tengo el deber de pensar que, técnicamente, es usted una apóstata, que se encuentra fuera de recinto..." Un sacerdote de más edad escribe que estoy salvada, tanto si lo sé como si no: "No le digo dónde encontrará usted su hogar espiritual, sino que lo encontrará, y de esto estoy seguro, puesto que el Espíritu lo llevará a él, incluso diré que, desde mi punto de vista, ya lo ha encontrado, aun cuando debe seguir buscando". Una monja de Maryknoll me invita a visitar su misión. Ninguno de estos corresponsales se siente obligado a convertirme; todos parecen dejar este trabajo en manos de Dios. Algunos han pasado también por un período de dudas y me lo dicen para demostrarme su comprensión y simpatía. Cada carta tiene su propia individualidad. Loúnico que tienen en común es que todas ellas comienzan así "Querida Mary". (...)

No lamento *haber* sido católica y no lo lamento, en primer lugar, por razones prácticas. Me dio ciertos conocimientos de latín y de vidas de santos, que no todos tienen la suerte de poseer. En cuanto al latín diré que, cuando me puse a estudiarlo, me pareció fácil y ameno y, gracias a aquellos conocimientos, como un viejo amigo. En cuanto a los santos, es extremadamente útil conocer su personalidad y la modalidad del martirio que sufrieron, cuando se contempla pintura italiana. Por ejemplo, es útil saber que un diente es el símbolo de Santa Apolonia, patrona de los dentistas, que a Santa Inés se la representa siempre con un cordero y a Santa Catalina de Alejandría, con una rueda. Para leer a Dante y a Chaucer, a los metafísicos ingleses, e incluso a T. S. Eliot, el haber recibido una educación católica es algo más que una simple ayuda. Tener que aprender un poco de teología, siendo ya adulto, a fin de comprender un poema de Donne o de Crashaw es algo parecido a estudiar la Biblia, en concepto de Gran Literatura, en un curso universitario de humanidades. No se pega al riñón. Sin embargo, la mayoría de los estudiantes, en Norteamérica, no tienen más remedio que recibir estas inyecciones de vitaminas para compensar su deficiencia cultural.

Quien nace católico y es educado como tal absorbe buena parte de la historia mundial y de la historia de las ideas antes de cumplir los doce años. Es como aprender un idioma a edad temprana. Produce efectos indelebles. Ningún otro grupo, en Norteamérica, se encuentra en tan afortunada situación. La historia católica es tendenciosa, ciertamente, pero no es seca ni muerta. Desde el punto de vista del estudiante, la principal virtud de la historia católica estriba en que se le ha infundido vida, gracias al violento partidismo que la in-



forma. Además, este partidismo actúa como imán que atrae desperdigados saberes que no suelen enseñarse en las escuelas norteamericanas. Mientras los alumnos de las escuelas públicas estudiaban historia de América, nosotras, en el convento, en octavo grado, estudiábamos historia de Inglaterra, hasta los tiempos de Lord Palmerston. La razón de ello era, naturalmente, que la historia de Inglaterra, hasta los tiempos de Enrique VIII, fue historia católica, y después con uno o dos paréntesis, pasó a ser historia anticatólica. Como es natural, nos enseñaron a sentir simpatía hacia María la Sangrienta (nunca la llamamos así, en el convento), María Reina de Escocia, Felipe de España, los mártires jesuitas, Carlos I (casado con una princesa católica), Jaime II (casado primero con una protestante y luego con María de Módena), el viejo Pretendiente, Bonnie Prince Charlie... El interés por la historia de Inglaterra desaparecía con la llegada de Peel y la Emancipación Católica. Para mí, carece de importancia que esta historia fuera tendenciosa (siempre se puede remediar, más tarde), puesto que lo importante es haber aprendido las batallas y los soberanos, sus cónyuges, sus amantes y sus primeros ministros, conocer el pasado de un país extranjero con tal detalle que se convierte en el propio país. Si hubiera seguido en el convento, habríamos pasado al estudio de la historia de Francia, y hoy sabría la lista de los reyes de Francia, de sus esposas y de sus ministros, ya que la historia de Francia, hasta la Revolución, fue historia católica, y Carlomagno, Juana de Arco y Napoleón fueron destacados católicos.

Y no es solamente cuestión de saber más, a una edad temprana, de manera que los conocimientos pasen a formar parte de uno mismo, sino que también es una cuestión de sentimientos, de interesarse por las querellas del pasado, de identificarse con una causa que, políticamente hablando, se transformó en causa perdida con el nacimiento del mundo moderno. Hacer esto es experimentar cierta clase de resistencia a la realidad, un rebelde inconformismo que, también, es insólito en Estados Unidos, donde los niños reciben lecciones acerca de las virtudes del sistema bajo el que viven,como si la historia hubiera tenido un feliz final con la clase de civismo norteamericano.

Y no voy a hablar más de los aspectos prácticos. Pero quiero poner de relieve que, para un pedagogo norteamericano, mi educación católica seguramente sería carente de utilidad. ¿De qué sirve, diría el pedagogo en cuestión, oír el zumbido de una lengua muerta todos los días, o saber que Santa Ursula, princesa bretona, sufrió martirio en Colonia, juntamente con diez mil vírgenes? Ya he dicho que tales conocimientos me resultaron de cierta utilidad más tarde, de una utilidad que, sin embargo, no estaba prevista en el momento en que impartieron estas enseñanzas, debido a que nos estudiamos las vidas de los santos a fin de contemplar pintura italiana y a que no recitábamos el catecismo con la idea de leer a John Donne. Pensar lo contrario sería una atroz blasfemia. Aprendíamos estas cosas para mayor gloria de Dios y lo demás se nos daba por añadidura, como se suele decir. Y tampoco hubiéramos estudiado con más ahínco si nos hubieran asegurado que lo aprendido nos sería útil más adelante, de la misma forma que los niños no estudian más intensamente la aritmética por mucho que se les diga que, después, les servirá en el desarrollo de sus negocios. Para un niño, nada hay más aburrido que el principio de la utilidad. La última utilidad de mi formación católica fue darme a conocer, juntamente con muchas otras cosas que han resultado de utilidad práctica, el concepto de algo que está por encima y más allá de lo útil ("Fijaros en los lirios del valle, que no se afanan ni hilan"), concepto de puro y simple derroche que siempre escandaliza a los no católicos quienes, por ejemplo, no pueden soportar el contraste entre las riquezas de las iglesias y la pobreza de la gente en el sur de Europa. Estas iglesias, estoy de acuerdo, son una insensatez. Y también lo es la vida del sucio anacoreta o la de una monja de clausura que no se dedica a la enseñanza; vidas socialmente estériles y malas para quienes la viven. Prefiero pensar en ellas de esta manera antes que imaginar que son inversiones, acciones compradas en nuestra futura salvación. Nunca me gustó la doctrina de las indulgencias, la idea de que con rezar cinco avemarías uno se quita de encima un año de purgatorio. A mi juicio esto formaba parte de la clase de catolicismo de mi abuela McCarthy. Lo que me gustaba de la Iglesia, lo que recuerdo con gratitud, es el sentido de misterio y maravilla, la ceniza en la frente el Miércoles de ceniza, la bendición de la garganta con candelas en el día de San Blas, las fundas moradas con que se cubrían las imágenes después del Domingo de Pasión, lo cual significaba que las imágenes ocultaban la cara en señal de duelo porque Jesucristo iba a ser crucificado, el sonido de la campanilla en el santus, los lirios de Pascua, me gustaba estos ritos que me parecían un tanto raros y carentes de utilidad práctica (salvo la bendición de la garganta), que superaban la conmemoración de una Persona muerta largo tiempo atrás. En estos exaltados momentos de altruismo, la reverencia inflamaba el alma.

Ahora, en mi calidad de católica relapsa, no me preocupa en absoluto la posibilidad de que, a fin de cuentas, Dios exista. Si existe (lo cual me parece más que dudoso), lo pasaré mal en el otro mundo, pero no estoy dispuesta a negociar, no estoy dispuesta a creer en Dios con el fin de salvar el alma. La apuesta de Pascal –apostó consigo mismo a que Dios existía, incluso en el caso de que no pudiera demostrarse racionalmente– me parece en exceso prudente. ¿Qué podía perder Pascal al comportarse como si Dios existiera? Nada en absoluto por cuanto no había un principio opuesto en cuyos méritos Pascal se condenara, caso de que Dios no existiera. En cuanto a mí hace referencia, prefiero no ser tan prudente, y no pediré que llamen a un sacerdote ni recitaré el acto de contrición en mis últimos momentos. No me importa que quede condenada eternamente. Si el Dios que existe es un Dios capaz de condenarme por no pactar con él, me parece muy lamentable. No me gustaría pasar la eternidad en compañía de semejante persona.

LA LEYENDA CONTINUA

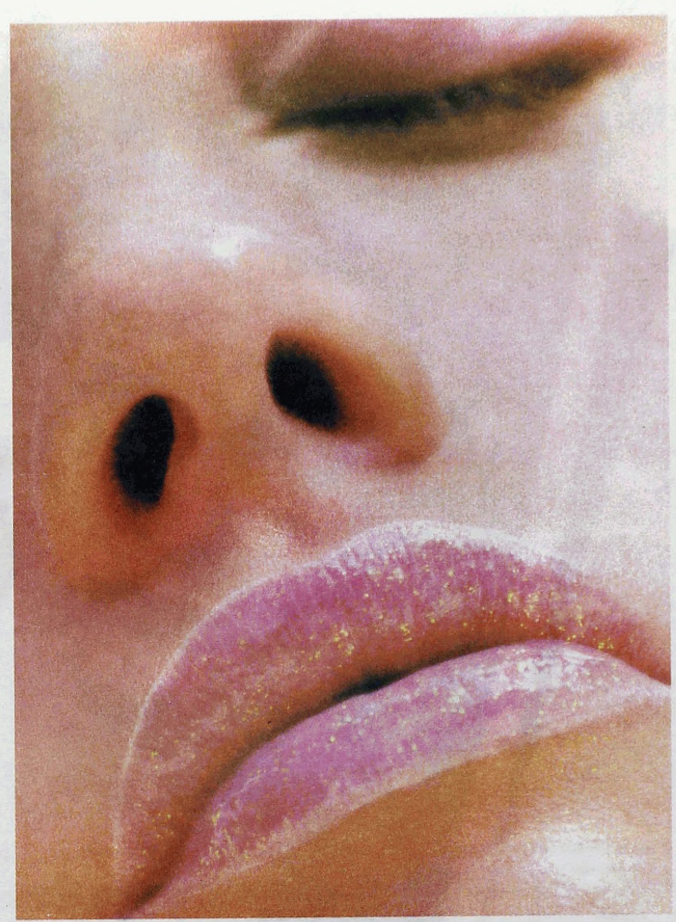


El público tiene una boca enorme que lo devora todo. Y yo le di todo", proclama la protagonista de la pieza *La Bernhardt*, que se presentó esta semana en el Multiteatro, idealmente interpretada por Alicia Berdaxagar y Jorge Suárez. Es muy cierto: Sarah Bernhardt (foto), como intérprete dramática, le dio al público de capitales europeas y americanas todo lo que su excepcional talento y su energía ilimitada podían rendir. Tanto que la muerte la atrapó cuando, a los 79, se aprestaba a hacer *Un sujet de roman*, de Sacha Guitry. Tanto que siguió actuando después de que le amputaran a los 71 una pierna ("a guillotina", dice en la obra estrenada) y antes, pisando los 60, se travistió escudándose en su proverbial flacura y en su voz grave, para encarnar a jóvenes protagonistas masculinos: el rey de L'Iglon, el príncipe Hamlet, Lorenzaccio... Su reinado duró más de 50 años y se han establecido paralelos con Victoria, soberana de Inglaterra y emperatriz de las Indias, pero el reino de Sarah era de otro mundo. Un mundo superpoblado de personajes de ficción a través de los cuales hechizaba a la gente que se deleitaba con sus miradas al cielo que traspasaban escenografías, esa mano que dejaba caer exangüe y sobre todo la sabia lentitud de su dicción. Según Jules Renard, cuando ella bajaba una escalera, era la escalera que parecía moverse en torno de la actriz.

Sarah Bernhardt, loca (loquísima) linda (lindísima) de esas que por suerte aparecen cada tanto y dejan su impronta en la época que les toca y en las siguientes, tuvo una madre distraída que la metió en el convento y una tía sagaz y cómplice que la apuntaló para que ingresara todavía adolescente al Conservatorio. Un buen puente para pasarse a los 18 a la Comédie Française. Ojos azul sombrío de extraños reflejos, pelambre rubia rizada, Sarah alcanzó su primer éxito arrasador con *Le Passant*, de Coppée, a los 23, en 1867. Muy joven tuvo un hijo cuya paternidad solía atribuir a uno de sus amantes, el príncipe de Ligne, pero cuando Victor Hugo celebró enfervorizado su "voz de oro" al hacer *Ruy Blas*, se corrió la bolilla de que el verdadero padre de la criatura era el gran escritor. En cuanto a repertorio, S.B. no se privó de nada –de Shakespeare a Victorien Sardou, de Voltaire a Beaumarchais– y si algunos personajes se le escaparon fue porque la muerte le puso un límite. Aparte, claro, del personaje excéntrico y escandaloso que se inventó y perfeccionó en la vida real: en su casa de la avenida Villiers, en París, atiborrada de plantas, tapices y bibelots traídos de sus incontables viajes por el mundo, tenía un ataúd con forro capitonné de satén blanco donde reposaba (hay fotos que lo prueban) custodiada por un puma.

Esta artista que inspiró –entre otros– a Cocteau, Toulouse–Lautrec, Mucha, Proust (que la hizo aparecer en la piel de la Lerma); que entusiasmó a espectadores tan dispares como Oscar Wilde, Henry James, Pierre Loti; que enamoró a los Borbones, a los Habsburgo, a los Romanov, y que se pinchaba con agujas las encías para ensangrentar su pañuelo en *La Dama de las Camelias*, es el personaje que, recreado en sus últimos días por John Murrel, interpreta Alicia Berdaxagar en la calle Corrientes. El personaje de esa actriz que cuando actuaba la Athaliende Racine, a los setentipico y con una pierna ortopédica, hacía levitar de emoción a laplatea al pronunciar esos versos que parecían aludir a su propia persona: "Pour réparer des ans/ l'irréparable outrage...".

Berdaxagar –majestuosa, desvalida, caprichosa, incontrolable– se hace cargo plenamente de su mítica colega, mientras que Suárez está a la altura con su sufrido pero gustoso mayordomo–secretario, de a ratos actor de reparto que debe interpretar, por exigencia de la diva, a personajes de su vida –la madre, un empresario– descriptos en sus memorias. Una síntesis eficaz, afectuosa, sazonada con un humor agridulce de los avatares de una estrella no precisamente fugaz.



POR S.R.

la poca cosa

Tiene una delgada idea de sí misma: suele pensar que no se merece otra cosa más que lo que tiene, y si alguien tiene poco, es ella. No necesariamente es pobre, pero aunque nade en la abundancia cree firmemente que nada de lo que posee se lo ha ganado ella, y aunque sea evidente que ella se lo ha ganado, atribuye su éxito a la suerte, a los imponderables, a su carga genética o a su signo astral.

Generalmente es esmirriada, tímida, genuflexa, obediente, educada, decente, retraída y ahorrativa. Es una chica que fue la mejor alumna, y que se destacó en matemáticas. Claro que no porque las matemáticas le gustaran, sino porque ésa fue una manera de pretender enamorar a su papá, que era ingeniero o comerciante, pero que a la vejez viruela le confesó que el sueño de su vida era haber tenido una hija clarinetista o asistente social.

La poca cosa fracasa en el amor, pero no se nota. No se nota porque ella jamás se queja del hombre que tiene al lado: ¿de qué habría de quejarse, si tiene un hombre al lado? Es mucho más de lo que ella creyó poder conseguir. Desde la primera cita dio por sentado que él no volvería a llamarla, y cuando lo hizo una vez y otra vez y el vínculo se fue consolidando, ella seguía tan asombrada y agradecida que pasó por alto que él fuera estafador, o jugador compulsivo, mujeriego o psicópata.

Como madre le resulta difícil poner límites, porque nunca está segura de su autoridad. A su pesar sigue sintiéndose una nena con trenzas y aparatos en los dientes que tuvo la enorme suerte de no haber repetido de grado pese a que una vez, cuando tenía once años, no estudió para una prueba.

Ni con su pareja ni en su trabajo ni con sus amigas es competitiva: prefiere mil veces perder que competir. Pero no porque tenga un alma socialista, sino porque tiene una neurosis minimalista: se considera conforme si pide un kilo de peras y en la balanza del verdulero confirma que le han vendido un kilo, y no los novecientos gramos con los que ella se hubiese conformado.

Claro que es una buena persona: no le hace mal a nadie. Pero otra vez permítasenos dudar de sí misma de su bondad intrínseca. Su carácter de poca cosa no le permite animarse a no ser buena, a ser infiel, a pretextar un resfrío para faltar al trabajo, a quedarse con un vuelto o a contestarle mal a un taxista. Mientras permanezca amordazada y maniatada por su alicaída visión de sí misma, seguirá siendo noble, humilde y honesta. Pero guay de que algún día se avive de que es linda, inteligente, sexy y chispeante: la venganza será terrible.